

Sauve
adina
copy

A

Dup

EL DUELO

COMEDIA EN TRES ACTOS Y EN PROSA

POR

Henri Lavedan,

de la Academia francesa,

versión española de los Sres. Aragón y Augusti

Pedro

1=

Estrenada con gran éxito en el Teatro de la Princesa de Madrid la noche del
5 de marzo de 1907



LOGROÑO:

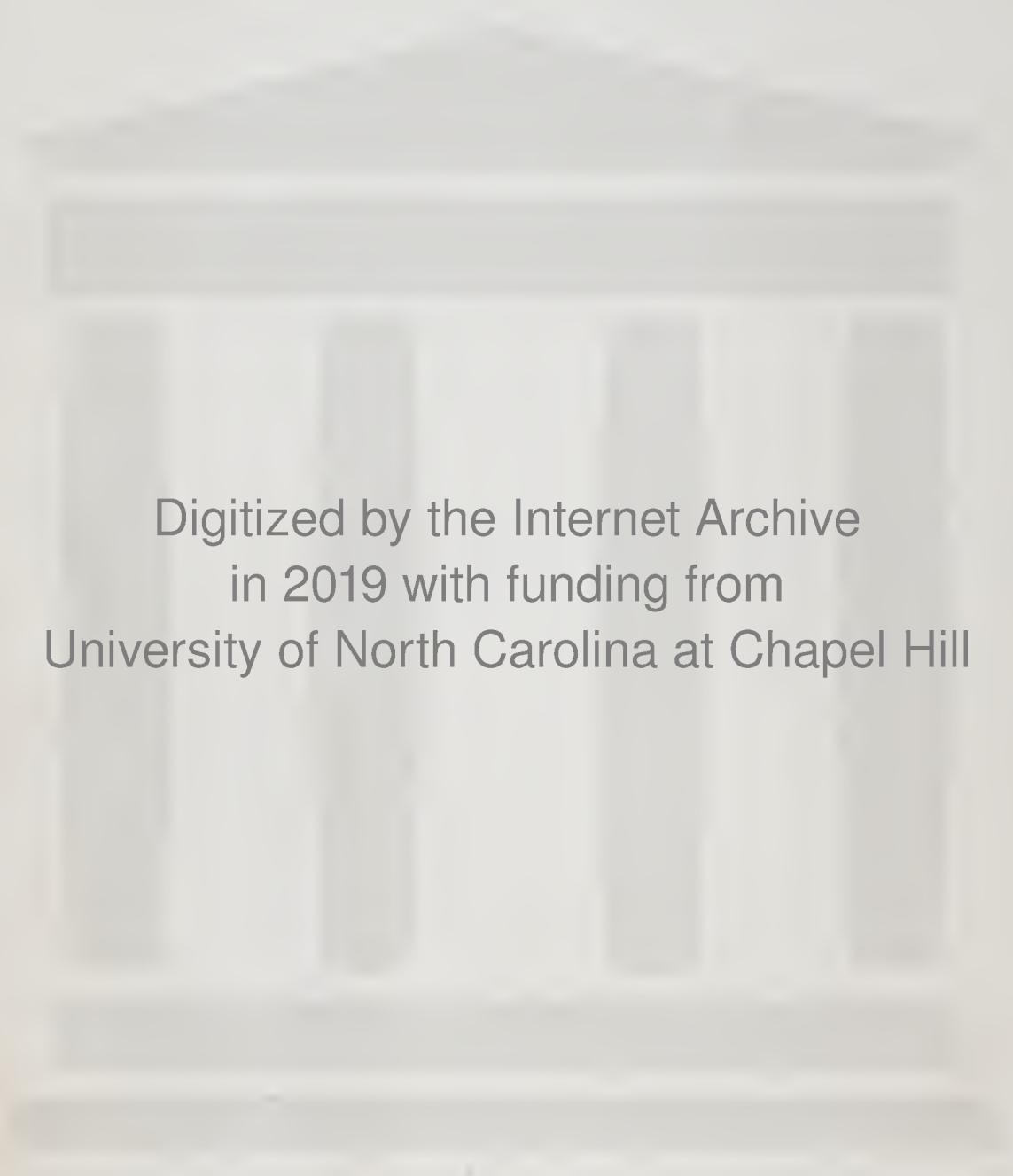
IMPRENTA MODERNA

1907



Ejemplar núm. 9 exceptuado de la venta

EL DUELO



Digitized by the Internet Archive
in 2019 with funding from
University of North Carolina at Chapel Hill

<https://archive.org/details/elduelocomedianaen00lave>

EL DUELO

COMEDIA EN TRES ACTOS Y EN PROSA

POR

Henri Lavedan,

de la Academia francesa,

versión española de los Sres. Aragón y Augusti

Estrenada con gran éxito en el Teatro de la Princesa de Madrid la noche del
5 de marzo de 1907



JUNTA DELEGADA
DEL
TESORO ARTÍSTICO

Libros depositados en la
Biblioteca Nacional

Procedencia

J. L. ORRAS

N.º de la procedencia

LOGROÑO:
IMPRENTA MODERNA

1907

REPARTO

PERSONAJES

ACTORES

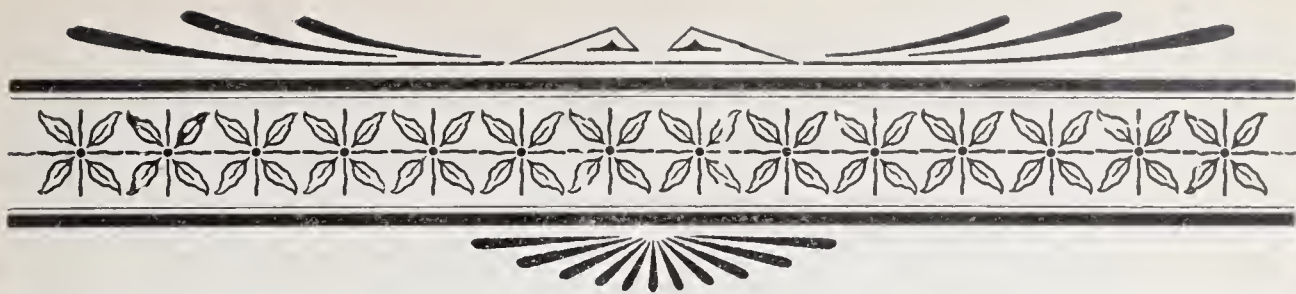
| | |
|--|----------------|
| LA DUQUESA DE CHAILLES. | Sra. Tubau. |
| EL ABATE DANIEL { Párroco de Sta. M. ^a de (los Angeles en Grenelle | Sr. Reig. |
| EL DOCTOR MOREY. | Sr. Echaide. |
| MONSEÑOR BÓLENE { Obispo de Pi-Tchi-King | Sr. Palanca. |
| IVONA } Criada del Abate Daniel. | Sra. Bertomen. |
| UN ENFERMERO. | Sr. Molinero. |
| UN DOMÉSTICO. | Sr. Mijares. |
| UN PORTERO. | Sr. Jorge. |
| UN CHINO. | Sr. Valle. |

ÉPOCA ACTUAL

Para todo lo concerniente á la mise en scene, dirigirse á
Mr. Balcourt, de la Comedia francesa

La acción en Anteuil y en París

862.5
7255
V. 38



ACTO PRIMERO

ESCENA PRIMERA

EL DOCTOR.—UN ENFERMERO.

Al levantarse el telón, el Doctor Morey está en su despacho en actitud de leer.—Un enfermero entra, llevando una tarjeta en una bandeja.

DOCT. ¿Qué hay?

ENFER. (Aproximándole la bandeja). Esta tarjeta de un periodista extranjero.

DOCT. ¿Que pregunta por mí?

ENFER. Sí, Doctor.

DOCT. (Lee la tarjeta y hace un gesto como diciendo: «no le conozco»). ¿Qué quiere?

ENFER. Visitar el establecimiento. Ha hecho el viaje expresamente á Auteuil para conocerlo.

DOCT. (Devolviendo la tarjeta al enfermero). Que le acompañen á dar una vuelta por los pabellones y por los jardines.

ENFER. Es que quiere visitar el interior.

DOCT. Imposible.

ENFER. Eso es lo que yo le he dicho.

- DOCT. Manifiéstele que lo siento, pero que no puede ser. Esta es una casa de salud particular, una fundación privada, un establecimiento de pago, en donde los pensionistas están como en su casa, y son los únicos dueños, cada uno en su departamento. Nadie puede visitarlos sin previo consentimiento del enfermo.
- ENFER. Precisamente quiere ser recibido por el número catorce, por Monseñor Bolene.
- DOCT. ¿Tiene permiso de él?
- ENFER. Creo que no. El Obispo á quien he enseñado la tarjeta no lo conoce.
- DOCT. Entonces es que quiere celebrar una interwiev. Diga usted á ese señor, que si desea obtener datos ó noticias de esta casa, tenga la bondad de pedírmelas en mi domicilio, Doctor Enrique Morey, villa Montmorency, todas las mañanas, y tan solo de seis á siete. A otras horas no me encontrará. (Llamando al enfermero que se marcha). ¡Ah! ¿Está todo preparado para la salida del señor Duque de Chailles?
- ENFER. Todo.
- DOCT. A las cuatro marcha, no lo olvide usted.
- ENFER. (Sacando su reloj). Aun no son las tres. El automovil estará dispuesto á las cuatro menos cuarto.
- DOCT. ¿Está la señora Duquesa con su marido?
- ENFER. Voy á enterarme. (Fijándose que viene por el fondo de la galería). Ahí viene. (La Duquesa aparece y avanza con un enfermero que la acompaña. El enfermero se retira por otra puerta.)

ESCENA SEGUNDA

EL DOCTOR.—LA DUQUESA.—UN ENFERMERO.

- DUQSA. (Dirigiéndose á la persona que le ha abierto y tiene la puerta antes de retirarse). GRACIAS. (El enfermero se marcha).
- DOCT. (Yendo hacia la Duquesa y saludándola con respeto y cariño). ¿Cómo sigue?

DUQSA. Bien.

DOCT. ¿Qué hace?

DUQSA. Duerme. Le miraba y le veía delgado y descolorido, con la cara demacrada como si tuviera diez años más, sin conservar nada del hombre hermoso y arrogante con quien me había casado, pero distinto completamente del cadáver con frac, del esqueleto envenenado por la morfina, que ébrio trajimos á usted á fines de enero, hace tres meses. ¿Usted recuerda? (El Doctor responde con la cabeza afirmativamente). No podía creer que este fuese el mismo hombre.

DOCT. Y es el mismo.

DUQSA. Que usted Doctor ha salvado.

DOCT. Que yo quería haber curado.

DUQSA. ¿Entonces no lo está? (El Doctor hace un gesto negativo). ¿Y no lo estará nunca? (Nuevo gesto negativo del Doctor). (Aparte). ¿Debo temerlo así?

DOCT. Su estado es muy grave. ¿Puedo hablar á usted de él con entera libertad y sin ocultarle nada?

DUQSA. Puede usted hacerlo.

DOCT. El señor Duque de Chailles, su marido, es un degenerado hereditario, que no ha tenido nunca otro ideal que el de gozar los placeres más abyectos y destructores.

DUQSA. ¡Oh! Sí. ¡De tan alto y caer tan bajo!

DOCT. Es el destino casi fatal de los pasados gloriosos. Al casarse con usted, física y moralmente estaba ya agotado.

DUQSA. Destruído.

DOCT. Pretendió que usted participara de sus vicios, pero usted se negó resueltamente. Entonces pidió al alcoholismo primero y á la morfina después, el olvido, las voluptuosidades del sueño, el embelesamiento de ese estado inactivo. Se mataba y fué necesario recogerlo aquí, donde se le ha reanimado un poco, y he conseguido en tres meses, hacerle olvidar momentáneamente la inveterada costumbre de su veneno. Mientras esté en mis manos, respondo de él.

DUQSA. Sería, pues, conveniente que se quedase aquí aún.

DOCT. Imposible. A estas horas ha recobrado bastante

conocimiento y voluntad, para que no resultara peligroso el obligarle á permanecer en este asilo, al que tiene verdadero odio y del que quiere salir cuanto antes. Se le debe devolver la libertad, aunque solo sea en apariencia. Vigilarle constantemente..... y después esperar..... ver.

DUQSA. (Grave y pensativa repitiendo maquinalmente). Esperar..... ver. (Pausa).

DOCT. ¿En qué piensa usted?

DUQSA. En mi vida.

DOCT. ¡Bah! Olvide usted lo que ha pasado.

DUQSA. Pienso en el presente y me hago cargo de lo porvenir.

DOCT. ¿Si el señor Duque cura?

DUQSA. No quiero suponerlo. He sufrido mucho y procuro no quejarme, pero tengo la certidumbre de que seré muy desgraciada.

DOCT. Nadie es Juez en su propia casa, Duquesa. Y nunca se es, ni tan feliz, ni tan desgraciado como se cree serlo. El enfermo exajera siempre su dolencia.

DUQSA. (Sacudiendo friamente la cabeza). Juzgue usted de la mía. Mi padre, el Marqués de Givres, murió de una caída del caballo dos días antes de mi nacimiento; y mi madre, que adoraba á su marido, y á quien no pudo ocultársele tan triste suceso, le costó la vida esa desgracia. Mi cuna se meció entre dos ataúdes. No conocí á mis padres, y solo he dado mis besos filiales á sus retratos.

DOCT. Tal vez por eso haya padecido usted menos.

DUQSA. O tal vez más. Además yo he perdido siendo aun muy niña, á una hermana, á un tío, á todos los míos. He crecido entre vestidos de luto. Jugaba llorando. Mis muñecas, lo mismo que yo, eran tristes, parecían huérfanas. Y así, al cuidado de ayas, y bajo nuestras sombrías arboledas de provincia, he pasado una juventud recogida, melancólica y solitaria.

DOCT. ¿Habrá usted tenido, sin embargo, algunas alegrías?

DUQSA. Pocas é insignificantes. Rápidas como agua corriente, y siempre seguidas de decepciones, }ó

acompañadas de dolores. En fin, ya en la edad de casarme vine á París, á casa de mi prima la de Lezignan, á comenzar la monótona y alborotada vida de fiestas, comidas y scirées. Entonces bailé, reí, vestí de color de rosa. Descubrí por primera vez mis brazos. Los periódicos me citaron á menudo con inmerecidos elogios. Todas esas muertes sucesivas y providenciales habían redondeado mi dote, y unía á un buen partido un gran nombre. Me encontraban la más hermosa y todo el mundo me lo decía. El Duque de Chailles, deslumbrándome con sus artificiosos esplendores, rozó una tarde sus labios en mi cuello, y mi inocente corazón se agitó con tal violencia que me hizo creer que le amaba. Esa es mi vida de ayer. La de hoy, Doctor, ~~después de todas las confidencias que le he hecho á usted~~, ya la conoce. Es aun más horrible. Después de haber amado...

DOCT. No, no. Usted lo creyó, pero eso no es el amor.

DUQSA. ¿No? Entonces.... Tanto peor para mí, ó tanto mejor para el amor. Pero la realidad, la horrible realidad, es que pertenezco á mi amo. A ese hombre perverso y degradado que no tendría el valor de matarse: que no me agradece el que yo se lo impidiera: que me odia sobre todo, por no poderme ya desear: que mañana, ó dentro de ocho días, volverá á caer en su vicio, del que ningún poder humano es capaz de arrancar; y que furioso, resistiéndose bajo la camisa de fuerza, ó bien inerte, atontado por la cocaina y envuelto en una manta, tendré que traerlo otra vez aquí. ¡Y tengo treinta años, sin hijos y sola en el mundo!

DOCT. ¿Cómo? ¿Pero entre sus relaciones?

DUQSA. ¡Oh! Mis relaciones.... Son muy numerosas. Conozco á mucha gente. Una infinidad de extraños íntimos. Pero no tengo á nadie, á nadie.

DOCT. ¿Ni una amiga?

DUQSA. ~~Ni una.~~ ¿Para qué? La amistad de hombre ó de mujer no me inspira ninguna confianza. Los hombres solo piensan en seducirnos, y las mujeres en hacernos traición.

DOCT. ¿Tiene usted creencias religiosas?

DUQSA. ¿Por qué me lo pregunta usted?

DOCT. Porque me interesa. ¿Usted cree?

DUQSA. No.

DOCT. ¿Y practica usted?

DUQSA. Tampoco.

DOCT. Hace usted bien.

DUQSA. ¡Quién sabe!

DOCT. Yo soy libre pensador.

DUQSA. Lo sé. Pero ~~esa no es una razón~~. Una confesión de incredulidad religiosa en boca de una mujer....

DOCT. Y sobre todo de una mujer como usted, sorprende al más ateo. Por eso nada ha perdido usted á mis ojos. Al contrario. No olvide usted esto, señora. No hace falta ponerse en manos del Sacerdote.

DUQSA. ¿Y en las del Médico?

DOCT. Tampoco. En manos de nadie. Debe usted permanecer independiente, suya, dueña de su corazón y de su espíritu.

DUQSA. ¿Para qué?

DOCT. Para si lo desca, poder un día fijar su elección y entregarse libremente.

DUQSA. ¿Y si ese día no me pertenezco? ¿Si hay Leyes que me lo impiden?

DOCT. ¿Qué Leyes? ¿Divinas?

DUQSA. No. Humanas y muy dignas de respeto. Leyes del honor y del deber.

DOCT. No comprendo lo que usted dice. Cuando la felicidad se presenta á dos seres al mismo tiempo, y ambos están seguros de que es ella quien llama á sus puertas, se hallan en el deber de recibirla estrechando sus manos, aun cuando ellos sepan que la felicidad no va á hacer otra cosa que entrar, detenerse breves instantes y desaparecer.

DUQSA. ¿Pero qué es la *felicidad*?

DOCT. La felicidad es el amor.

DUQSA. ¿Está usted seguro?

DOCT. Como de que ahora la estoy viendo.

DUQSA. ¿Y usted cree en el amor? ¿Piensa usted en él?

DOCT. No pienso en otra cosa. ¿Y usted?

DUQSA. Yo..... No pienso ya.....

DOCT. ¿Por qué no? Es usted joven, llena de fuerza, de vida, de nobles impaciencias, de elevados pensa-

mientos. Corre por sus venas sangre pura y generosa. Usted puede esperararlo todo del porvenir.

DUQSA. Nada le pido.

DOCT. Pero el porvenir le debe á usted todo. Usted es su acreedora. La vida, le debe vida, es decir, amor. Pagaré su deuda.

DUQSA. Lo rechazaré. El amor es el azote del mundo. Todos nuestros males provienen de él.

DOCT. Y él tan solo es quien los cura.

DUQSA. Pues yo no quiero ser curada.

DOCT. Es que el amor no le consultará á usted. El amor y la muerte avanzan con el sigilo del lobo, sin ser oídos. Le sorprenderán á usted.

DUQSA. ¿Como un ladrón?

DOCT. Sí. Como un ladrón, y en el momento que menos lo esperé.

DUQSA. Estaré siempre prevenida.

DOCT. ¿Y si apesar de todo llegara usted.....?

DUQSA. ¿A amar?

DOCT. Sí.

DUQSA. ~~Pues~~ ahogaré ese sentimiento en lo más profundo de mi corazón. Pero ya le he hablado bastante de mí. Hablemos de usted.... De su pasado.

DOCT. Es bastante parecido al de usted. A mí, mis padres me educaron, pero sin acordarse de que existía. Los muros del colegio, fueron el único horizonte de mi estudiantil juventud. Gané muchos premios. En aquellos tiempos, era muy piadoso, y hasta místico. Y todo desapareció de repente.

DUQSA. ¿Cuándo?

DOCT. La primera vez que amé.

DUQSA. ¿Y luego?

DOCT. Se lo diré á usted si no la aburro.

DUQSA. No. Continúe.

DOCT. Mi padre era un banquero muy fuerte, y apesar de ello nos arruinó.

DUQSA. ¿Usted le quería?

DOCT. Mucho. Más que á mi madre que le había pedido al Cielo hijas y á quien la tierra no le había dado más que dos varones. Mi padre, sin embargo, no me quería á mí. Sus preferencias eran para mi jo-

ven y único hermano, que á su vez no le correspondía, puesto que no quería más que á mi madre, y ésta no amaba más que á Dios. ¡Y á todo ese cruzamiento de errores afectuosos, es á lo que se llama una familia unida!

DUQSA. ¿Y qué ha sido de su hermano?

DOCT. Mi padre le maldijo antes de morir, prohibiéndole llevar nuestro nombre.

DUQSA. ¿Siendo el hijo preferido? ¿Y por qué?

DOCT. Se lo diré á usted otro día.

DUQSA. ¿Y qué hace?

DOCT. No lo sé. Tomamos diferentes rumbos. No nos hemos visto hace bastantes años. Entretanto yo me esfuerzo por ser justo, tolerante, caritativo y bueno. Mis compañeros dicen que soy un alienista distinguido. He trabajado mucho, tengo cuarenta años y soy solo como usted.

DUQSA. ¿Y por qué no se ha casado?

DOCT. Porque pienso que un soldado, un marino, todos aquellos que están llamados á combatir, y con mayor razón un Médico que combate diariamente, deben pertenecer á todos, y no ser de nadie.

DUQSA. ¿Entonces tampoco usted es muy feliz?

DOCT. Tampoco. ¿Le sirve á usted esto de consuelo?

DUQSA. Esto nos aproxima.

DOCT. ¡Y sin embargo nos separa aun tanta distancia! (Llaman. El Doctor se irrita por este contratiempo, en tales instantes). Entre usted. (El enfermero entreabre la puerta). ¿Qué ocurre?

ENFER. Monseñor Bolene pregunta si el Doctor puede recibirle.

DUQSA. Dejo á usted.

DOCT. (Mirando su reloj). ¿Para ir en busca de su marido? Aun puede usted esperar diez minutos. (Al enfermero). Que pase ese señor. (El enfermero sale).

DUQSA. ¿Es ese Obispo de China, del que tanto se habla y que fué martirizado hace cinco años?

DOCT. Sí.

DUQSA. Tendría curiosidad por conocerle. ¿Qué es lo que padece?

DOCT. Hace mucho tiempo curó de sus heridas, pero por exceso de trabajo ha experimentado ciertos

desarreglos nerviosos, que exigían tranquilidad y cuidados, y que le han obligado á volver hace tres meses á Francia. Hoy está casi por completo restablecido. Es un hombre generoso y sincero que dice de buen grado cuanto piensa.

ESCENA TERCERA

EL DOCTOR.—LA DUQUESA.—EL OBISPO.

(Abre el enfermero la puerta del fondo.—Entra Monseñor Bolene, anciano robusto, de hermosa barba, que marcha apoyándose en un bastón. Va vestido con traje blanco y violeta.—Sobre su blanco hábito la Cruz de la Legión de Honor.—Le acompaña un chino de escaso desarrollo, amarillo, de edad imposible de precisar, vestido al estilo de su país y el cual le dá el brazo y se muestra afanado cerca del Obispo, sirviéndole con gran solicitud).

OBISP. (Entrando). Dispénsese usted, señor Doctor. (Advirtiendo la presencia de la Duquesa). ¡Ah! Perdón, señora. (Se inclina ante ella con elegancia y distinción).

DOCT. (Presentándoles). La señora Duquesa de Chailles. Monseñor Bolene, Obispo de Pi-Tchi-King. (Se inclina el Obispo nuevamente). La señora Duquesa tenía vivos deseos de conocer á Vuestra Grandeza.

OBISP. A una Grandeza, señora, que no puede estar más abatida. Alguna vez, en mil ochocientos setenta, corrí mis aventuras con un tal Chailles, que llevaba una vida harto disipada, y que sirvió en los zuavos pontificios durante la guerra, en la cual, por cierto, murió como un héroe.

DUQSA. Mi marido es sobrino suyo.

OBISP. Puede estar orgulloso de serlo.

DOCT. La Duquesa me estaba diciendo que actualmente Monseñor es el hombre del día en París.

OBISP. ¿Es posible? Me asombran ustedes.

DOCT. Y en todos los salones se comentan con verdadero interés los sufrimientos.... las torturas. ...

OBISP. ¿Qué torturas? ¡Oh! No puedo destruir esa vieja leyenda. Y el caso es, señora, que no hay en ello nada de verdad. Estuve herido.... es cierto, pero

por mi culpa. Un sencillo accidente, resultado de mi carácter especial. Viajaba por la China. En aquellos tiempos, la China no era un país en el que podía pasearse con absoluta seguridad. Un mandarín, un excelente hombre, pero mal informado acerca de mi persona, me buscaba, y dió orden de apresarme. Yo lo supe y fuí bastante torpe, que me dejé sorprender. Se me condujo al patio de su palacio. Me registraron. Me abrieron mi equipaje y hallaron diversos objetos sin valor. Quiero decir que sólo lo tenían para mí. Un Crucifijo, una bandera francesa y un retrato de mi madre vestida de aldeana. Todo ello no valía diez francos. En montón los colocaron en el suelo y el mandarín, para demostrarme su indulgencia, pretendió que los pisotease si quería recobrar la libertad. Yo no tenía más que obedecer para obtenerla. Pues nada..... no quise; genialidades mías. Entonces el mandarín irritado por mi negativa quiso castigarme. Pero dos horas más tarde tuve la suerte de ser puesto en libertad por un puñado de valientes europeos que se enteraron de mi apurada situación. ¿Ve usted á lo que se reduce el incidente? (Tocando la Cruz de su pecho). ¡Oh! ¡Cuando pienso que me han condecorado por eso!

DUQSA. ¿Y qué le hacían á Monseñor cuando le atormentaron? *Can*

OBISP. Me costaría trabajo recordarlo. Noto que voy perdiendo la memoria. Ese es el motivo de hallarme aquí.

DOCT. (A la Duquesa). Yo se lo diré á usted. Con agujas comenzaron.....

OBISP. No le escuche usted, señora. Le va á contar detalles de sus operaciones quirúrgicas.

DOCT. Por despegarle las uñas de un pie.

OBISP. (Protestando). No es cierto, no.

DOCT. Y después de una mano.....

DUQSA. ¡Qué horror!

OBISP. (Al Doctor). ¿Lo ve usted? Ha impresionado usted á la Duquesa y á mí me ha puesto en ridículo. No me hicieron ningún daño, señora, ninguno; no sentí nada.

- DOCT. ¿No? ¿Hicieron uso del cloroformo?
- OBISP. ¿Para qué? Si aquello no fué nada. Ni yo mismo casi me dí cuenta. Parece mucho y cuando se está pasando.... Se lo aseguro á usted. Todo lo que recuerdo, esforzándome mucho, es, que ellos eran cinco. El mandarín, dos asesores y dos verdugos. Y que el mandarín y los dos asesores, llevaban preciosos vestidos de seda.
- DUQSA. ¡Oh! ¡Y cuánto sufriría Monseñor mientras ellos le atormentaban!
- OBISP. ¿Yo, señora? ¡Oh! Estaba bien tranquilo. Recitaba el *Nunc dimittis*.
- DOCT. Monseñor debió protestar, resistirse...
- OBISP. ¿Para qué? Además, no podía. Tenía á uno de ellos de rodillas sobre mi pecho, para impedir que me moviera.... porque moviéndome ... hubiera podido herirme quizá sin querer yo mismo. (El chino que le escucha, se va acercando poco á poco, se arrodilla cerca del Obispo con los ojos llenos de lágrimas, apoya sus brazos en las rodillas y oculta la cara entre los pliegues de su vestido.—El Obispo dirigiéndose en chino á él). Tchi lai. (El chino se levanta).
- DOCT. ¿Qué le ha dicho, Monseñor?
- OBISP. Que se levante.
- DUQSA. Parece que os quiere mucho.
- OBISP. Es un chino *chion*, especie muy rara. Se dejaría matar por mí.
- DOCT. ¡Si mientras mutilaban á Monseñor se hubiera encontrado ~~él allí~~! *cerca de él*
- OBISP. Pues se encontraba. ¡Si era uno de los cinco! De este modo nos conocimos. Y, desde entonces.... Ya ve usted. ¡Pobre criatura! ¡Qué sabía él!
- ENFER. (Asomando la cabeza por la puerta abierta). El señor Duque está ya dispuesto. (La Duquesa se levanta).
- DUQSA. (Al Doctor). Adios. Le doy nuevamente las gracias, Monseñor. (Le hace una reverencia).
- OBISP. (Inclinándose). ¡Señora! (Hace señas al chino que sale y va á esperarlo en la galería).
- DOCT. (A la Duquesa). La acompañaría á usted, pero el Duque no me profesa gran simpatía y mi presencia le molesta.
- DUQSA. Sí. Quédese usted.

DOCT. Sin embargo, desearía saber el resultado de su entrevista.

DUQSA. Volveré á decírselo. (La Duquesa dirige una última mirada, con una inclinación de cabeza al Obispo, después con una franca sencillez y como aquél que toma una determinación, va hasta él, le coje una mano, la derecha, y con una media reverencia encantadora, sin decir palabra, la lleva á sus labios y sale. El Obispo, sonriendo y después de besado, retira demasiado tarde su mano. El doctor no puede disimular en el gesto de su cara que esta muestra de respeto le ha desagradado).

OBISP. ¡Señora.....!

ESCENA CUARTA

EL DOCTOR.—EL OBISPO.—UN ENFERMERO.

OBISP. Le voy á regañar á usted.

DOCT. ¿Por qué?

OBISP. Por haberme presentado á esa hermosa señora, y por haberse complacido haciéndome relatar mis hazañas.

DOCT. Ella fué quien mostró deseos.

OBISP. Eva es siempre curiosa.

DOCT. ¡Oh! La Duquesa de Chailles no es una mujer vulgar. Es una inteligencia superior y un alma grande.

OBISP. (Con mucha naturalidad). ¡Ah! ¿Sí? ¿Tiene algún amante?

DOCT. ¿Qué dice Monseñor? ¡Un amante!

OBISP. Entonces, ¿por qué pretende usted el serlo?

DOCT. ¿Yo?

OBISP. Nosotros somos hombres, y no nos deben asustar las debilidades humanas. Pero en fin, yo no tengo derecho á mezclarme.....

DOCT. No, Monseñor, hable, hable. ¿Qué es lo que le ha hecho suponer semejante locura?

OBISP. Todo, mi querido amigo. La actitud de usted. Usted codicia á esa mujer. Delante de ella, es tal mal guardián de sus pensamientos, que desde lo más profundo de su ser salen impetuosos á su rostro,

y se imprimen en él con toda claridad. La mirada de usted se alegra, la voz le tiembla. Si cuando la Duquesa estaba aquí se hubiese aplicado el *esfigmógrafo* á la arteria radial, marcaría lo menos, quince pulsaciones más. ¿Quiere usted hacer la prueba? Cuando al despedirse la Duquesa, ha llevado mi mano á sus labios, con un movimiento de gracia y de bondad encantadoras, usted no ha podido reprimir un gesto de contrariedad y de disgusto.

DOCT. Monseñor me permitirá que por respeto siquiera no entre en una discusión de esta naturaleza. ¿Pero puedo saber el juicio que ha formado sobre la Duquesa de Chailles?

OBISP. ¿Me obliga usted á decirle.....?

DOCT. ¡La verdad!

OBISP. ¿Sí? Pues óigala. La Duquesa es una creyente. Un alma de la Iglesia.

DOCT. (Reprimiendo penosamente una sonrisa). ¿Y en qué se funda Monseñor para afirmarlo?

OBISP. A usted le basta echar una mirada sobre cualquier paciente que á los demás nos parece bueno y sano, para diagnosticar sin equivocarse el mal que le aqueja. A nosotros nos sucede algo parecido por lo que respecta á las dolencias del alma. La señora Duquesa de Chailles tiene unos ojos, que miran hacia lo alto, por encima de nosotros, en dirección al Cielo; una boca, en donde se refugia con frecuencia la oración; y unas manos que tienden instintivamente á unirse. (El Doctor se sonríe). (Pausa). ¿Qué? ¿Se sonríe usted? ¿Cree que me equivoco? ¿Sabe usted también sobre esto más que yo?

DOCT. Puede ser.....

OBISP. (Tendiéndole la mano). Entonces no se hable más de ello. No puedo estar más tiempo aquí. Dispénsese usted.

DOCT. Monseñor participa algo de esa demencia tan común en los que visten esos hábitos. La de creer que el amor es un mal, y cada enamorado un enfermo de muerte. Y sin embargo, ese es el pecado inmortal.

- OBISP. Bien, bien. Quédese cada cual con su opinión. A otra cosa. Yo me encuentro completamente restablecido y venía á que me diese usted el alta. Mis nervios están ya aplacados y debo volver á embarcarme.
- DOCT. ¿Para ir nuevamente á China?
- OBISP. Sí. Allí me reclaman intereses espirituales y materiales.
- DOCT. Puede marchar Monseñor, dentro de ocho días, mañana, cuando guste. (Se abre la puerta y aparece el enfermero con una tarjeta en la mano).
- OBISP. Gracias.
- ENFER. (Dándole la tarjeta al Obispo, que la toma). La persona que me ha dado esta tarjeta espera abajo.
- OBISP. (Que ha cogido su lente de concha y echa una mirada á la cartulina, con apresuramiento). ¡Voy! (Se levanta bastante penosamente).
- DOCT. Monseñor, puede recibirle aquí. (Al enfermero). Dígale que suba. (El enfermero sale). Entretanto voy á dar un vistazo á mis enfermos.
- OBISP. (Dando vueltas á la tarjeta en su mano). Es de un joven Sacerdote, al que quiero con todo mi corazón, y al que he guiado en sus primeros pasos.
- DOCT. Le dejo.
- OBISP. ¿Sin rencor?
- DOCT. (Evasivo y ligero). ¡Oh! (Le hace volver al salir, viéndosele receloso).

ESCENA QUINTA

EL OBISPO. — EL SACERDOTE.

- OBISP. (Mirando hacia la puerta por donde ha salido el Doctor). ¡Va preocupado! (Corto silencio). ¿Esa señora es verdaderamente cristiana.....? No lo sé. Pero..... siempre es mejor afirmarlo. (En pronunciando estas palabras se levanta apoyándose en el bastón y va hasta la puerta del fondo que se abre. El enfermero introduce al Abate Daniel. Después vuelve á cerrar).
- SACER. ¡Monseñor!

- OBISP. (Que le ha abierto los brazos en donde Daniel se precipita).
¡Querido hijo mío! (Le tiene cogida la cabeza, la sienta contra su mejilla y le acaricia los cabellos). ¿Nó has olvidado á tu antiguo maestro?
- SACER. Por los periódicos supe el regreso de Monseñor.
- OBISP. ¿Y que estaba aquí?
- SACER. No. Esto lo he sabido hace un instante.
- OBISP. Entonces, ¿no venías á verme?
- SACER. No. Ya le diré. ¡Ah! ¡Qué feliz soy al veros nuevamente! Me demostró Monseñor tanta bondad en el Seminario y en el momento de mi ordenación..... ¡Cuánto sufrí al enterarme de su martirio!
- OBISP. ¡Chist.....! ¿Qué haces ahora?
- SACER. Soy Vicario en París.
- OBISP. ¿De qué Parroquia?
- SACER. De Santa María de los Mártires. Una modesta Iglesia del barrio de Grenelle. Del pobre pueblo. De los que sufren.
- OBISP. ¿Amas tu Ministerio?
- SACER. Lo amo.
- OBISP. ¿Tu fé está intacta?
- SACER. Sí.
- OBISP. ¿Y el corazón? ¿Siempre puro? ¿Y esta carne tan miserable y pícara?
- SACER. Humillada.
- OBISP. *Vabene*. Pero veo que tienes grandes aspiraciones. Lo leo en tus miradas. ¡Humanas ambiciones! ¡Sueños de la juventud! ¡Yo os comprendo y os absuelvo! ¡Yo también os he acariciado! (Pausa). ¡Ah! ¿Ya te acordarás de este pobre Obispo, cuando seas..... Cardenal?
- SACER. ¿Yo? ¡Oh! Monseñor se ríe de mí.
- OBISP. No, no. ¿Y cuando bajes de tu carroza en el Vaticano, en la puerta de bronce, envuelto en tu vestido de púrpura.....?
- SACER. Nunca. ¡Pobre de mí!
- OBISP. O cuando seas Arzobispo, y habites en cualquier antiguo palacio de piedra de una provincia de Francia..... ¡Ah! Entonces te darán envidia estos tiempos de ahora. La realización del deseo está castigada con el hastío. ¡Oh! ¡No haber seguido

yo, siendo pobre Padre blanco en el desierto de Africa!

SACER. ¿Sería Monseñor más feliz?

OBISP. No, pero sería mejor. ¿Y á quién has venido á ver? ¿Al Doctor Morey?

SACER. Precisamente.

OBISP. Aquí estaba hace un minuto. ¿Te has hecho anunciar?

SACER. No. A propósito.

OBISP. ¿Por qué?

SACER. Porque temo que leída mi tarjeta, no quiera recibirme.

OBISP. ¿No te conoce?

SACER. Demasiado.

OBISP. ¿Entonces?

SACER. Es hermano mío.

OBISP. (Asombrado). ¿El Doctor.... tu hermano?

SACER. Sí.

OBISP. ¡Ah! ¿Y estáis reñidos?

SACER. Desde hace diez años.

OBISP. Esto jamás me lo has dicho.

SACER. Pues no ha sido por falta de confianza en Monseñor. Entonces exageraba yo la importancia, hoy muy atenuada, de un secreto de familia. Ahora que mis padres han muerto...

OBISP. ¿Ya puedes revelármelo? ¿Por qué reñisteis?

SACER. Monseñor sabe que desde mis primeros años nada hacía presentir que yo fuera á ordenarme Presbítero. Era un joven pervertido. Mi padre, hombre ateo, de gran fortuna, disculpaba mis defectos, y me prefería por mi falta de Religión, mientras que se mostraba friamente hostil con mi hermano Enrique.

OBISP. ¿Con el Doctor?

SACER. Sí. Con mi hermano, que entonces era ¡es bien extraño! extremadamente devoto. De aquí nació entre los dos una especie de rivalidad envidiosa, que fué siempre en aumento. La discordia reinaba entre nosotros.

OBISP. Sí. Es la frase de Eurípides. Las guerras entre hermanos son terribles.

SACER. Cuantas veces yo, he pretendido hacer las paces,

otras tantas me he estrellado con su rotunda negativa. Y cuantas veces él, se ha adelantado con el mismo propósito, otras tantas irresistiblemente, lo he rechazado yo. En fin, cuando yo volví á Dios.... él se desvió de Dios. Así es que hay momentos en que me pregunto seriamente, si fué mi conversión lo que le hizo impío, ó el desastre de su fé, la que engendró la mía.

OBISP. Poco importa.

SACER. Mi padre irritado, loco de tristeza por mi vocación, me cerró sus puertas, prohibiéndome deshonrar su apellido en el clero.... Entonces, tomé este nombre de Abate Daniel, con el que todo el mundo, y Monseñor mismo me ha conocido hasta ahora. Mi hermano siguió su camino, y yo el mío, y solo en el entierro de nuestra madre, hemos vuelto á vernos.

OBISP. ¿Y tú, sabes lo que ha podido determinar principalmente en tu hermano, el abandono de sus sentimientos religiosos?

SACER. No lo sé.... Las lecturas, la influencia de los filósofos, el espíritu del siglo, el ambiente de la sociedad actual....

OBISP. ¿Y en tí para ese impetuoso arranque á la verdad?

SACER. El cansancio del placer, la náusea del libertinaje. ¡Razones todas nacidas de tan abajo!

OBISP. Las mejores para llegar á arriba. Y dime: ¿qué opinión has formado de tu hermano?

SACER. ¿De mi hermano?

OBISP. Sí.

SACER. La mejor. Practica, quizá sin darse cuenta, todas las virtudes cristianas. Es hombre de bien, trabajador, abnegado hasta el sacrificio. Pero positivista y violento; tiene odio á la Religión, y sobre todo, aborrece al clero. Es un réprobo, y sin embargo, vale más que yo.

OBISP. (Que menea la cabeza negativamente). No. No te juzgas bien.

SACER. Me juzgo como soy. Engréido de orgullo, afanoso de honores, el deber oscuro y sin brillo no me satisface. Aristócrata de emociones religiosas, so-

ñador de Catedral, poeta de Iglesia, adoro el arte en todas sus manifestaciones.

OBISP. ¿Cómo es eso?

SACER. Para que yo ruegue á Dios fervientemente, es preciso que le vea crucificado, en inspirada postura, y en el fondo de algún trágico retablo del siglo quince. El vuelo de las golondrinas motiva parte de mi afición á los campanarios; y admirando el esplendor de las artísticas vidrieras, olvido la degollación del mártir. La voz del órgano me estremece; los cantos litúrgicos me distraen de sus palabras latinas tan severas, el incienso es para mí un perfume profano. En fin, las exaltaciones de mi alma son siempre febriles, privadas de gratitud y de serenidad. ¡Amo á Dios pagamente!

OBISP. Se le ama como se puede. ¿Pero qué es lo que te ha decidido á venir hoy á casa de tu hermano con el que no tenías relación alguna desde hace tanto tiempo?

SACER. Tengo que pedirle dos favores, que él solo puede hacerme. Una fuerza me ha impulsado. He venido sin prevenirle. Al azar. ¿Quién sabe? Puede ser que hoy que nuestros corazones van á abor-darse, ó mejor dicho, á franquearse....

OBISP. Le halles más propicio. Así lo espero. Adios. ¿Irás á verme?

SACER. ¿A dónde, Monseñor?

OBISP. A la casa de los Franciscanos, calle de Varenne. Voy allí mañana. Es un viejo palacio del siglo pasado. Tiene árboles que han reverdecido durante la Revolución.... Es una morada dulce, tranquila.... En ella se recluyen para hacer ejercicios espirituales aquellos de nuestros hermanos que deben partir á las Misiones. ¿Irás?

SACER. Sí, Monseñor. Os lo prometo.

OBISP. (Dirigiéndose con el Sacerdote hacia el fondo y en voz baja). ¿Dónde esperas á tu hermano.... aquí?

SACER. No. En la galería. Me pasearé hasta que él vuelva. (Salen sin cerrar la puerta, de la cual queda abierta una hoja. — El Sacerdote acompaña al Obispo. — Se les ve pasar por detrás de la ventana que dá á la galería. — El Doctor

entra por la puerta interior de su gabinete, por la que había salido, se sienta en su mesa de despacho, con la espalda vuelta á la puerta del fondo, y se pone á escribir.—Se apercibe el Abate Daniel, que ha dejado al Obispo, el cual ha desaparecido á lo largo de la galería.—Daniel llega á la puerta del fondo, ve á su hermano solo y en disposición de escribir, y pega suavemente en la vidriera de la puerta).

ESCENA SEXTA

EL SACERDOTE.—EL DOCTOR.

- DOCT. (Que continúa escribiendo). ¡Adelante! (El Sacerdote entra, cierra la puerta, dá dos pasos y permanece de pie.— El Doctor se vuelve, le reconoce y se levanta). ¿Eres tú?
- SACER. Yo.
- DOCT. (Acordándose). ¡Ah! ¿Eras tú quien hace un momento estaba con el Obispo?
- SACER. Sí.
- DOCT. Perfectamente. ¿Y tienes que hablarme?
- SACER. Solo á eso he venido. Ignoraba que Monseñor Bolene estuviese en tratamiento en esta casa. Oí su nombre y entonces le hice pasar mi tarjeta.
- DOCT. Bien. ¿Qué deseas?
- SACER. Antes dame la mano.
- DOCT. (Poniendo su mano en la de su hermano sencillamente). Siéntate. (Se sientan los dos).
- SACER. ¿No te extraña mi visita después de diez años de separación?
- DOCT. No puedo decirte que la esperaba.
- SACER. ¿Y qué piensas de ella?
- DOCT. Que necesitas algo de mí.
- SACER. No te equivocas.
- DOCT. Habla.
- SACER. Tengo que pedirte dos cosas. Soy Vicario de Santa María de los Mártires. ¿Lo sabías?
- DOCT. No.
- SACER. Casi todos mis feligreses son pobres y viven en pésimas condiciones higiénicas. Pretendo con el apoyo de altas personalidades del mundo católico, fundar un Asilo. ¡Oh! Muy modesto, donde

los niños pobres y enfermos, puedan, según nuestros recursos, recibir gratuitamente, medicamentos, alimentación y asistencia médica. ¿Ya te das cuenta de la idea?

DOCT. Sí. Y es excelente.

SACER. ¿La encuentras así? ¡Oh! ¡Eso me llena de gozo y me anima! Antes de ser tú, el célebre alienista cuyo nombre....

DOCT. No. Agua bendita, no.

SACER. Te equivocas. Ya sé, que odias la adulación. No era ese mi pensamiento. Quería decirte que al terminar tu carrera, fuiste durante tres ó cuatro años, especialista en enfermedades de la infancia. Luego te dedicaste á otros estudios, pero sin olvidar aquellos. ¿Me vas á decir que con eso te adulo? Pasas por ser caritativo con las miserias humanas....

DOCT. Vaya, acabemos....

SACER. ¿Podrías, si la idea se realiza, concedernos una hora de tu presencia y cuidados?

DOCT. Imposible.

SACER. ¿Por qué?

DOCT. Por muchas razones. En primer lugar, porque me falta tiempo. Estoy aquí desde la mañana hasta la tarde.

SACER. Sin embargo, haciendo un esfuerzo. ...

DOCT. ¿Podría dedicaros algunas horas? Sí, sin duda, pero....

SACER. ¿Te niegas?

DOCT. Sí.

SACER. ¿Por qué?

DOCT. ¿Me obligas á decírtelo? Porque me desagradaría asociarme á una obra de espíritu católico, fundada por un Sacerdote, y apoyada por altas personalidades del mundo clerical.

SACER. No esperaba de tí semejante respuesta. ¿De modo que cuando un enfermo viene á consultarte, ante todo le preguntas si es librepensador?

DOCT. No. Yo recibo con los brazos abiertos á todos aquellos que vienen á mi casa, pero yo no quiero prodigar mis cuidados, á los que cuando sanan

atribuyen á otro su curación, siendo yo en realidad quien se la ha procurado.

SACER. ¿Pero á quién te refieres? ¿De qué Médico hablas?

DOCT. (Con expresión irónica). ¡Del tuyo! ¡Del Doctor Dios!

SACER. ¡Ah! Indudablemente es un compañero del que puedes estar celoso. No hablemos más de esto.

DOCT. Queda una segunda petición. Dila pronto. Si es factible te resarciré de la primera.

SACER. Deseaba una recomendación para una persona muy rica, á quien tú conoces, y que podría, según creo, ayudarme en mi obra.

DOCT. Eso lo haré de muy buena gana. ¿Quién es esa persona?

SACER. La Duquesa de Chailles.

DOCT. (Muy contrariado). ¡Ah! La Duquesa de Chailles..... De ningún modo..... porque apenas la conozco.

SACER. Sin embargo, has curado á su marido.

DOCT. ¿Cómo lo sabes?

SACER. Por los periódicos.

DOCT. Es cierto..... pero.....

SACER. ¿Qué?

DOCT. Que las ideas de la Duquesa.....

SACER. ¿Son parecidas á las tuyas?

DOCT. Sí. Sería suficiente que le hablase de un Sacerdote.....

SACER. Pero si le dices que ese Sacerdote es tu hermano.....

DOCT. Es igual. La Duquesa, aunque le contrariase mi petición, por complacerme se creería obligada.

SACER. ¡Por complacerte! Eso se queda para nosotros, cuyas consultas son gratuitas. Pero tú, ¿no cuidas al Duque por dinero? ¿No te haces pagar?

DOCT. Y muy caro. Esa es una razón más, por la que considero poco delicado, el pedir dinero á la Duquesa, siquiera sea indirectamente. No insistas más.

SACER. Bien, bien. ¿Ves algún inconveniente en que yo escriba á la Duquesa de Chailles, ó en que me presente en su casa?

DOCT. Ninguno. ¡Ah! Con una condición, sin embargo.

SACER. ¿Cuál?

DOCT. La de que la Duquesa ignore que eres mi hermano.

SACER. Lo ignoraré.

DOCT. Esto es en interés tuyo.

SACER. Y tuyo también.

DOCT. (Hace un gesto como diciendo: «tú exajeras»). ¡Oh!

SACER. Sí. Te estorbo. Te avergüenzas de tu hermano.

DOCT. Lo mismo que tú de mí. Nada tenemos que reprocharnos. Tú has dirigido tu vida como has querido y yo también. Hemos dejado de vernos.....

SACER. Y hemos dejado de amarnos.

DOCT. No. Nosotros no nos hemos querido nunca, bien lo sabes.

SACER. Un poco sí, de niños.

DOCT. De muy pequeños. Sin saberlo. ¿Pero y después? ¿Y ahora? Es imposible separar las personas de las ideas. Y yo odio tus ideas, como tú odias las mías. En cuanto á nuestras personas..... Tú eres para mí..... algo más que un extraño.

SACER. O algo menos.

DOCT. ¿Crees tú que te odio? Nada de eso. Es distinto el sentimiento que tu presencia me produce. Una cólera mezclada de piedad..... sobre todo, cuando pienso en la medianía, en la nulidad de tu existencia. Porque tú no vives. Tú no sirves para nada.

SACER. No cometeré yo la injusticia de pensar lo mismo de tí.

DOCT. Porque la evidencia no te permite hacerlo. Yo lucho, yo batallo, con la enfermedad y con el dolor, y algunas veces los hago prisioneros y los desarmo. ¿Hay nada más sublime que esto, ni que valga como ello la pena de ser hombre? ¡Oh! ¡Este duelo constante con el sufrimiento y con la muerte! Por eso me desespero al ver una juventud fuerte y hermosa como la tuya, malograrse confesando beatas.

SACER. Estás ciego. Parece mentira que diga eso un sabio. Me asombra. Has pronunciado la palabra confesión, y jamás has reflexionado que el Cura más sencillo, al cabo de un año de confesonario, sabe más sobre la humanidad, que todos los filósofos juntos. ¿Hablas tú de duelos? Pero si los tuyos, no son más que juegos de niños, y simulacros risibles al lado de los míos. Mis duelos son

encarnizados, terribles, enloquecedores. Y en mi pobre Iglesia desierta, vivo yo, mil veces más que tú en tus Hospitales y en tus repletas Clínicas. (Aproximándose). Escúchame. Tengo entre mis penitentes á una mujer, de la que puedo hablar sin el menor escrúpulo de conciencia. No la conozco. Nunca la he visto. Su voz podría llegar mañana á mi oído, sin que la reconociese. Todos esos cuchicheos cortados y confidenciales de la confesión, no tienen personalidad para el Sacerdote que los oye en la penumbra. Desfilan ante nosotros por centenares, y sin embargo, siempre es el mismo hombre, y la misma mujer, los que oímos gemir.

DOCT. ¿Y dices que tu penitente.....?

SACER. Está casada y desgraciadamente ama á un hombre que no es su marido, á cuyo hombre jamás le ha descubierto su amor, apesar de mantener con él frecuentes relaciones y de saber que él también le ama. Muchas veces su pasión reprimida, ha estado á punto de estallar. Pero en el momento que salía ciega para ir á casa del que ya consideraba como su amante, en vez de acudir á la cita, se ha precipitado deshecha en llanto en mi confesionario, y del confesonario salió tranquila y vencedora.

DOCT. ¿Por cuánto tiempo?

SACER. Por el que dura esta lucha. Por dos meses. Yo poseo esa alma. Se la disputo á los requerimientos del amor. Esto es lo que yo hago. Esta es mi lucha.

DOCT. Lucha inícuca.

SACER. Impido que esa mujer caiga. He ahí para lo que sirvo.

DOCT. Para nada felizmente, porque nada evitas. A lo sumo retrasar algunos momentos la inevitable conjunción de esos dos seres. Pero tú no estarás presente á la hora en que se le hostigue el deseo. Mañana, esta tarde quizás, tu débil vencedora se precipitará en casa de su amigo, y le confesará su amor, vertiendo otras lágrimas. Le dirá todo lo que á tí te ha ocultado. Se amarán doblemente,

por haberse estado esperando tanto tiempo, y tú habrás conseguido con tus pláticas, contribuir á la perfección y refinamiento de su felicidad.

SACER. Pero ella volverá á mí.

DOCT. Demasiado tarde. Después de su caída

SACER. Entonces... la levantaré.

DOCT. Y volverá á caer de nuevo.

SACER. Cristo cayó tres veces. La última palabra la tendré yo.

DOCT. Sí. Cuando sea anciana. Y suponiendo que la arranques definitivamente de los brazos del amor, no la habrás impedido amar. Eso es lo que yo sostengo. Que todos los hombres y todas las mujeres, han sido, una vez por lo menos, presa de esta llama devoradora y necesaria. Oyeme esta confidencia en pago de la tuya. Yo también amo.

SACER. ¿Tú?

DOCT. Sí. Soy libre y no he hecho votos. Amo á una mujer.... casada también. A una criatura orgullosa y de voluntad fuerte que resiste y lucha contra el inefable dolor. Y aunque no nos hayamos declarado nuestra pasión, nuestros ojos la han dejado traslucir. Hemos medido nuestras fuerzas, nos hemos amonazado, y fatal, misteriosamente, avanzamos y nos encontraremos. Hay mil obstáculos entre los dos, peores que los que separan á tu escrupulosa devota, de su tímido aspirante. Y apesar de todo, como ellos, y antes que ellos, nosotros nos acercaremos y nos poseeremos. Eso no es más que cuestión de horas.

SACER. Pero la hora no pertenece á nadie.

DOCT. Sí.... Ya sé que un poeta dijo: «Y cada vez que la hora suena».

SACER. ¡Todo lo de aquí abajo nos dice adios!

DOCT. Razón de más para darse prisa.

SACER. Te dejo.... Me equivoqué al venir. Perdóname.

DOCT. Estás perdonado. ¿Nos volveremos á ver?

SACER. Una vez al menos, sí. Pues en caso de peligro de muerte, será á tí á quien llame á la cabecera de mi cama para que me auxilies con tu ciencia. (Le tiende la mano).

- DOCT. (Tomándosela). Iré; pero te advierto, que en hora parecida yo no te he de llamar para que me administres los Sacramentos. ¡Adios, Daniel!
- SACER. ¡Adios, Enrique! (Se va derecho).
- DOCT. (Llamándole y dándole un billete del Banco). ¡Ah! Toma estos mil francos para tu Asilo.
- SACER. (Tomándoles). Gracias, en nombre de los pobres. (Sale).

ESCENA SÉPTIMA

EL DOCTOR SOLO, DESPUÉS LA DUQUESA.

- DOCT. (Solo.—Toma y lee la tarjeta que el Obispo dejó sobre un rincón de la mesa). ¡Fanatismo mezquino y cruel! ¡Ceguera! (La Duquesa entra. - El Doctor va hacia ella). ¡Ah! ¿Ya de vuelta?
- DUQSA. (Muy abatida y turbada). Sí. El Duque no ha hablado una sola palabra durante el camino.
- DOCT. ¿Y una vez en casa?
- DUQSA. Se ha encerrado en su cuarto.
- DOCT. ¿Pero qué le pasa á usted? ¡Está usted muy pálida!
- DUQSA. Me falta el valor.....
- DOCT. ¿A usted tan animosa?
- DUQSA. A mí que ya no lo soy. Hoy todo ha terminado. Me falta todo..... Nunca he sentido la impresión de mi soledad, como hace un momento, cuando subía las escaleras de nuestro gran hotel, helado y negruzco.
- DOCT. Esa terrible melancolía que usted sufre, la experimento yo también.
- DUQSA. ¿Usted.....? ¿Desde cuándo?
- DOCT. Desde que salió usted para reunirse con su marido. Y á decir verdad, no reniego de mis sufrimientos.
- DUQSA. ¿Por qué?
- DOCT. Porque eso indica que en nuestras soledades, ninguno de los dos estamos solos. Nuestras dos tristezas se confunden y nuestros corazones se co-

rresponden. ¿Tiene usted completa confianza en mí?

DUQSA. Hasta ahora al menos.

DOCT. Pruébemelo.

DUQSA. ¿Cómo?

DOCT. Disponiendo de mí para todo.

DUQSA. Eso es demasiado.

DOCT. Demasiado..... poco, creo yo. Me consideraría tan dichoso sirviéndola, obedeciéndola, perteneciendo por completo á usted.... Emplearía con tal cariño en ello mis fuerzas todas, sin usted pequeñas, y con usted sobrehumanas.... Sería tan feliz, pudiéndola asistir, consolar, devolviéndola el valor, la alegría y la esperanza.... ¡Ah! No soy nada y se lo ofrezco todo.

DUQSA. Entonces..... ¿Ya no es usted amigo mío?

DOCT. Sí. Pero la he engañado.

DUQSA. ¿Usted me ama?

DOCT. Sí.... (La Duquesa va hacia la puerta). ¿Se marcha usted?

DUQSA. ¡Déjeme!

DOCT. Yo se lo suplico.... Escúcheme usted hasta el fin.... Es preciso que me oiga.... ¡Oh! Ya adivino lo que usted piensa... Que nos separan grandes distancias. Que soy un orgulloso, un insolente, un loco; bien, sí. He dicho la verdad, suceda lo que quiera. Usted me perdonará por haber descorrido el velo tras del cual nos engañábamos ambos.

DUQSA. No. Usted solo.

DOCT. ¿De manera.... que me he equivocado?

DUQSA. En absoluto. ¿Tiene usted la audacia de suponer...?

DOCT. ¿Que usted podría quererme? ¿Y por qué no?

DUQSA. ¡Oh! Usted me ha engañado. Usted se ha aprovechado de mi aislamiento y de mi angustia para emprender mi conquista, y para rendirme se ha valido usted de armas tan traidoras como la astucia y el cálculo.

DOCT. ¿De suerte, señora, que para conservar su estimación, hacía falta perseverar en la mentira? Usted no puede pensar así. Si yo no hubiera sido honrado y leal, ¿sabe usted lo que hubiera hecho?

Pues hubiera esperado una ocasión propicia para correr sin riesgo la aventura de su amor.

DUQSA. ¿Debo, pues, estarle agradecida?

DOCT. Estoy satisfecho de mi conducta. Ya está usted prevenida.

DUQSA. ¿Para defenderme?

DOCT. No. Desde este instante su honra es para mí sagrada. Puede usted estar tan segura de mi respeto, como de su virtud. La nobleza de su corazón, le garantiza de la del mío. La mujer es la que da forma y moldea la calidad del amor que ha inspirado, y como un espejo, el hombre devuelve los rayos que ella ha proyectado sobre él.

DUQSA. Según eso, si yo le prohíbo que me ame, usted está obligado á obedecerme.

DOCT. Usted puede prohibirlo, pero nada más.

DUQSA. Pero si le he dicho á usted antes que no quiero amar.

DOCT. Y si usted destierra el amor; si usted ha perdido la fé, ¿cómo vive? ¿qué es lo que la sostiene?

DUQSA. El deseo ardiente, infinito, superior á todas las realidades cruentas y mezquinas. Yo rechazo y combato el amor, pero.....

DOCT. ¿Mantiene usted el deseo?

DUQSA. Sí.

DOCT. Está usted perdida.

DUQSA. No. Salvada! ~~El deseo me sostiene. Quiero conservarle. El deseo es á veces cruel, pero el amor es un yugo. Yo no quiero más yugo.~~

DOCT. Es ya tarde, señora. Usted lleva consigo ese yugo. Se encorva usted bajo su peso. Sus últimas palabras son protestas inútiles. ¡Lo ve usted....! ¡Usted tiembla....! ¡Vacila....! ¡Ama....! ¡Usted me ama á mí!

DUQSA. (Turbadísima y en voz baja). ¡Caballero!

DOCT. Usted me ama.

DUQSA. ¡Oh! Déjeme, se lo ruego.

DOCT. ¿Cuándo la volveré á ver?

DUQSA. Pasado mañana.

DOCT. No.... Mañana, mañana.

DUQSA. ¡Sea! Mañana.... Y ahora....

DOCT. Gracias, gracias. Pero entonces, aquí, no.

DUQSA. ¿En dónde?

DOCT. En mi casa.

DUQSA. ¿En su casa? No iré á su casa; no iré, no.

DOCT. ¿Tiene usted miedo?

DUQSA. ¿Miedo?

DOCT. Entonces, irá usted.

DUQSA. (Con energía). ¡No!

DOCT. La espero.... mañana á las cinco.

DUQSA. (Repitiendo como sin darse cuenta). A las cinco.

DOCT. ¿Irá usted?

DUQSA. Sí. (Bajo. Vencida).

DOCT. ¡Ah!

TELÓN

ACTO SEGUNDO

En casa del Sacerdote Daniel

Un gabinete de trabajo en una casa vieja del siglo pasado, alta y un poco abuhardillada. — Ventana de cristales pequeños. — En las ventanas pedazos de vidrios antiguos. — Muebles antiguos. — Una pequeña arca de dos cuerpos. — Una mesa de servicio de altar. — Sobre estos muebles, algunos objetos antiguos de arte religioso, elegidos con un gusto muy puro. — Estatuitas, copones, relicarios. — Sobre la chimenea, adornada con un tapíz viejo de inscripción gótica, un descendimiento de la Cruz policromo. — En tarros de farmacia del siglo XVI, porcelana italiana, hojas de acebo. — Mesa Luis XII, de cinco pies, columnas lisas, recubierta de un tapete de terciopelo viejo. — En las paredes algunos trozos de telas viejas, pasadas. — Mirando al foro, y en segundo término, un reclinatorio, cuadrado, bajo, con almohadón. — Enfrente, á mitad de altura de la pared, una bonita Virgen, arte flamenco del siglo XV, en madera. — Sobre la mesa, libros viejos de oraciones, Biblias con encuadernaciones del tiempo. — Todo esto sencillo, sóbrio, armonioso. — Dos sillas en X escabel, de madera. — Butaca Enrique II. — Seis de la tarde. — Por la ventana abierta, paisaje de tejados viejos y chimeneas. — Un campanario de Iglesia.

ESCENA PRIMERA

EL SACERDOTE DANIEL. — IVANA.

(El Sacerdote pasea por la habitación, leyendo su breviario. — Ivana entreabre la puerta. — Lo vé y va á retirarse para no interrumpirle. — Ivana lleva en la mano un florero).

IVANA. Perdone usted, señor Cura. Traía estas flores.

SACER. Ponlas ahí. ¿Tienes noticias de Morean el panadero?

IVANA. Sí señor.

SACER. ¿Cómo sigue?

IVANA. Muy mal. Su mujer y su hija están hechas un mar de llanto porque el Doctor les ha dicho que no hay esperanza.

SACER. ¡Pobres gentes!

IVANA. Me han pedido por Dios que interceda cerca de usted para que vaya á confortar el espíritu del pobre enfermo.

SACER. Iré. (Suenan las campanillas).

IVANA. Han llamado.

SACER. Dí que no estoy. (Váase Ivana y vuelve á salir).

IVANA. Es una señora.

SACER. ¿Está aún?

IVANA. (Muy apurada). Sí.

SACER. ¿No te he dicho.....?

IVANA. Me ha contestado que esperaría.

SACER. ¿La conoces?

IVANA. No. No pude ver su cara. Trae la cara cubierta por un velo. Parece una verdadera señora.

SACER. (Resignándose, aunque contrariado). Dila que pase. (Se levanta. —Ivana sale, dejando la puerta abierta).

ESCENA SEGUNDA

EL SACERDOTE. — LA DUQUESA.

(Ivana introduce á la Duquesa y sale. —El Sacerdote de pie, le señala una silla. —La Duquesa se sienta y levanta su velo).

DUQSA. Perdone usted, señor Cura, por haber insistido...

SACER. ¿A quién tengo el honor de hablar?

DUQSA. A una de sus penitentes.

SACER. ¿Desde hace mucho tiempo?

DUQSA. Desde hace dos meses. ¿No me reconoce usted?

SACER. No, señora.

DUQSA. (A media voz, como hablando consigo misma). ¡Es extraño!

SACER. Nada tiene de particular. Fuera del confesonario, salvo raras excepciones, nosotros no conocemos á nuestros penitentes.

DUQSA. Es que yo lo he sido en circunstancias excepcio-

nales. Casada—y esa es mi desdicha—estuve ~~un~~ día á punto de entregarme á un hombre que me amaba, aunque no me lo había dicho, y á quien yo amaba también, y amo siempre. (Pausa) Una visita de caridad me llevó á casa de gentes desvalidas, ~~en su lejano barrio~~. Era á la caída de la tarde. Conocía bien mi falta, la aceptaba y corría á cometerla.... cuando pasé por delante de vuestra Iglesia. La puerta de dos hojas estaba completamente abierta. En el fondo de la oscura nave centelleaba como una mirada, una lámpara. Yo me paré.... la estrella brillaba.... parecía hacerme señas.... franquéé el umbral. Y entonces.... mil recuerdos de la infancia de mi vida, olvidados, pero no muertos, resurgieron en mi memoria. Tiernas oraciones, cantos de la niñez, flores de Mayo, lágrimas á los pies de María, ~~olor de~~ ramos silvestres y ~~todas las~~ rosas de mi juventud. Mi corazón se estremecía de gozo. Por la Iglesia, desierta y sombría, avanzaba al solo ruido de mis pasos, tan inocentes como mis pensamientos. Yo no marchaba voluntariamente, pero seguía á alguien que sabía el camino, y me pareció que era el Angel guardián de mis primeros ~~puros~~ ensueños, que con los pies desnudos me guiaba sobre las losas. Un murmullo ahogado, de dos mujeres que había prosternadas en el suelo y que salió de un rincón más tenebroso, me sacó de mi éxtasis. Descubrí un confesonario. Quería huir. Las fuerzas me faltaban y seguía de pie, con la frente apoyada en la fría piedra de una columna. Entonces.... usted descorrió la cortina, se fijó en mí, y creyendo sin duda que me correspondía el turno.... «¿Es usted la primera?»—me dijo—y yo trémula, vacilante, sin atreverme á despegar mis labios, me adelanté y caí arrodillada.

SACER. Sí. Ahora ya recuerdo.

DUQSA. Hacía diez años que no me había confesado.

SACER. ¿Y volvió usted?

DUQSA. Y vuelvo hoy. Porque necesito más que nunca los consejos del Sacerdote. El hombre á quien me he referido, me ha declarado francamente su pa-

sión. Me espera en su casa. Le había prometido ir. Iba.... la suerte estaba echada. Dios me abandonaba. Mas al salir de mi hotel, recibí una carta, y me bastó leerla para ser nuevamente la misma, y lanzarme de nuevo á Dios.

SACER. ¿Una carta? ¿De quién?

DUQSA. De usted.

SACER. ¿Mía?

DUQSA. En la que solicitaba mi apoyo para una obra benéfica. (Tendiéndole la carta). Véala usted.

SACER. ¿Es usted entonces la Duquesa de Chailles?

DUQSA. Sí.

SACER. Lo ignoraba hasta ahora. Perdóneme usted si le he escrito á usted, sin tener el honor de conocerla más que de nombre, alentado sencillamente por la fama de mujer caritativa.

DUQSA. Es igual. Esta carta, sin duda, nada significaba. Pero de usted y precisamente cuando me dirigía...

SACER. (A media voz). ¡La lámpara!

DUQSA. Aviso del Cielo. Fuí á la Iglesia. Usted no estaba. Me acordé que me tenía dicho que podía venir en casos parecidos á su casa, y vengo á que profunde hasta en sus menores detalles mi angustiosa situación. La horrible lucha que me veo obligada á sostener entre un marido medio loco, perdido de vicios, á quien detesto, y el hombre que me acecha, que amo, y del cual no puedo apartarme, porque necesidades fatales de su profesión, me condenan á verle sin cesar, á todas horas.

SACER. No quiero saber más, señora. Yo mismo siento, aunque veo en todo la mano de Dios, que no haya usted sido la anónima pecadora, que yo desde ahora sostendré y protegeré. ¿Para qué garantía de nombres? ¿Usted está próxima á caer? Es suficiente. Nosotros combatimos el pecado. (Suena la campanilla.—Corto silencio.—Escuchan.—Ivana entra).

IVANA. Señor Cura. La hija de Moreau viene á buscar á usted para que administre á su padre los Santos Sacramentos.

SACER. Voy ahora mismo. (Ivana sale). Ya lo ve usted, señora Duquesa. Ha venido usted á pedirme palabras de consuelo y de ayuda.

DUQSA. Sí; las necesito.

SACER. Pero un imperioso deber que no admite demora, me obliga á dejar á usted. Además, aquí yo no podría oírlo. Mañana á las diez, estaré en la Iglesia.

DUQSA. Iré, aunque mañana me parezca muy tarde.

SACER. No lo será. Quédese aquí algunos instantes. Arrodíllese allí. (Le indica el reclinatorio). Y en el recogimiento de sus pensamientos, pídale usted al Señor, dueño de las almas, que le dé fuerzas y serenidad para salir victoriosa. El se las dará. (Se oye una discusión).

DUQSA. ¿Qué ruido es ese?

DOCT. Yo sé que está ahí.....

IVANA. Pero señor.....

DOCT. Quiero entrar. Déjeme usted. (Ivana se retira).

ESCENA TERCERA

LOS MISMOS.— EL DOCTOR.

SACER. ¿Qué vienes á hacer aquí?

DUQSA. ¿Ustedes se conocen?

DOCT. Es mi hermano.

DUQSA. ¿Usted es el.....?

SACER. Sí, señora.

DUQSA. ¡Es él!

SACER. Dime: ¿Con qué derecho te has permitido penetrar á la fuerza en mi casa, para sorprender una conferencia sagrada?

DOCT. Con ninguno. Quería ver y he visto.

SACER. Sea. Pero ahora voy á salir yo reclamado por un moribundo, y debes retirarte.

DOCT. No será sin haber tenido con la señora Duquesa de Chailles, si ella lo permite, una explicación de algunos minutos, la última, quizás.

SACER. La tendrás más tarde y en otro sitio.

DUQSA. No. Es indispensable que hablemos. Prefiero que sea enseguida y en esta casa.

SACER. Señora ...

DUQSA. Puede usted dejarme sin temor, sola con su hermano.

SACER. Sea. (Sale).

ESCENA CUARTA

LA DUQUESA.—EL DOCTOR.

DUQSA. Hable usted. Aguardo sus quejas.

DOCT. ¿No las teme usted?

DUQSA. Las afronto.

DOCT. Desde ayer tenía sospechas....

DUQSA. ¿De qué.....?

DOCT. No sabré decirlo. Era tan feliz, que sospechaba que una resistencia había de atravesarse entre mis esperanzas y mis deseos. El placer que me dejó nuestra última entrevista, estaba envenenado por la inquietud. ¿Vendrá?—me decía.—Me ha dado su palabra....

DUQSA. No se la dí. Usted se la tomó.

DOCT. Y al mismo tiempo el corazón me replicaba: No, no vendrá. Ella vendría.... pero alguien ha de impedirlo. ¿Quién? Lo ignoraba, pero estaba celoso....

DUQSA. Ya.....

DOCT. Antes de que saliera usted de su casa, la esperé en los alrededores. La ví salir cubierta con un velo, y tomar un camino opuesto al de mi domicilio. Esta fué mi primera angustia. ¿A dónde podía usted ir así? La seguí. La ví entrar en la Iglesia y salir de ella. Y cuando su carruaje la dejó en la puerta de la casa de mi hermano, lo comprendí todo. El la dirige y ella me ha engañado. ¡Cree en Dios! Entonces experimenté un dolor y una cólera tales.... que no pude resistir al deseo de presenciar con mis propios ojos su infame traición.

DUQSA. ¿Mi traición?

DOCT. Sí. ¡La Duquesa de Chailles, en actitud de orar! Allá.... sobre ese reclinatorio. ¡Qué espectáculo!

(Despreciativamente). Me dió usted tanta lástima, que no sé si hubiera preferido más sorprenderla en brazos de un amante.

DUQSA. ¡Usted me ultraja!

DOCT. Eso, hubiera sido más verdadero y más humano. Menos desleal sobre todo. ¿Y usted me acusaba ayer de haberla engañado? ¿Quién de los dos ha cometido el engaño? Usted gratuitamente, me hizo declaraciones de ateísmo, y esa falsa ostentación de independencia, era sin duda para disfrazar mejor mezquinas prácticas religiosas realizadas en la sombra y temblando, como el que comete una mala acción. Me abandona usted con el ánimo intranquilo, el corazón henchido por el amor naciente, el pensamiento lleno de esperanzas.... ¡Y se precipita palpitante aún de estas emociones y de estas luchas en casa del hombre del Paraíso, del mercader de la eternidad, para contarle nuestra historia! En su presencia reproduce usted nuestras palabras.... ¡Y nuestros secretos, nuestros abandonos, nuestras ternezas, nuestras resistencias! Toda esa cosecha, la arroja usted sin duelo en su sotana. ¡Ah! No. ¡Jamás hubiera creído esto en usted! Yo hubiera debido desconfiar cuando usted besó la mano de ese Obispo. El vió claro, él. Yo no.... No sé donde tuve los ojos. No ví. No veo lo que tengo delante.... ¡Yo os amo! En fin, señora Duquesa, usted ha cometido una profanación imperdonable. Si usted me estimaba, me debía la verdad. Debió decirme: Tengo una religión que me impide amarle. No la dejaré por nadie. «Déjeme usted».

DUQSA. ¿Y me hubiera usted dejado?

DOCT. (Hace un gesto de cólera).

DUQSA. ¡Oh! Lo vé usted. Yo creía que me conocía mejor. Pero no me ha comprendido. Esa es una nueva prueba de que usted no me merece. ¿Me culpa usted de haber representado una comedia indigna? ¡Y no piensa usted que mi conducta, que no alcanza á comprender, pueda tener su misterio, sus razones, sus excusas sagradas! ¿Desea usted oír la verdad? Voy á decírsela. No le he hablado

de mis creencias, ¡miserable de mí....! porque no creo.

DOCT. ¿Usted no cree?

DUQSA. No. Si tuviese Fé, le hubiera á usted escuchado? No la tengo. La espero. La deseo. Aspiro á ella.... Y eso es todo. Yo le he ocultado los fervores de mi alma, porque á nadie, y menos á usted que ninguno, debía dar cuenta. Yo le he mentido, sí, convengo en ello. ¿Pero debía yo decirle que esperaba siempre y hasta última hora un socorro.... que nunca me ha faltado? ¿Podía descubrirle mi fervor religioso, mi sentimental piedad? Se hubiera usted reído de mí.

DOCT. Nunca.

DUQSA. Pero ahora, en vez de pasar á los ojos de usted por una mujer devota, prefiero presentarme tal como soy. Soy débil, bajo mi fiereza. Soy tierna, indecisa, agitada por la tempestad del amor terrestre y del amor divino. El uno y el otro me toman y me dejan. Ninguno de los dos me sujeta. Mi corazón es el eterno campo de batalla en donde espoleada por ambos amores, soy siempre vencida y no ceso de sufrir.

DOCT. Y por evitar el sufrimiento, sufrís diez veces más.

DUQSA. ¿Le parezco á usted indescifrable, odiosa? ¡Oh! ¡Compadézcame! Yo misma no me comprendo. Cuando estoy con usted, quisiera no amar....

DOCT. ¿Y qué?

DUQSA. Pero la magia de sus miradas y el sortilegio de sus palabras, me hacen olvidarlo todo, y gozo de una profunda languidez, semejante á esas felicidades matadoras que experimenta mi marido en sus borracheras de morfina. Entonces me abandono, prometo, consiento....

DOCT. Como ayer.

DUQSA. Pero apenas ha desaparecido usted de mi presencia, mi virtud se subleva y mi honor se despierta. Corro á la casa de Dios. Necesito hacerlo. Y allí soy lanzada por estas mismas fuerzas que delante de usted me paralizan.

DOCT. ¿Y una vez allí?

DUQSA. Allí. Es la luz. Me inunda. Ya no soy mujer. Los

deseos que me oprimían, se desprenden de mi cuerpo y caen como serpientes muertas. La verdad resplandece, brilla, está en todas partes. Es el aire que respiro. Veo la nada de los espasmos de un día, y mi corazón estalla de gozo al encontrarse nuevamente puro ...

DOCT. ¿Por qué no continúa usted? Al día siguiente vuelve usted á mí y la victoria es del último á quien se confía.

DUQSA. Sí.... Pero no sé cómo sucede que el último es siempre Dios.

DOCT. ¡Oh! No. Puesto que en este instante está usted conmigo....

DUQSA. Estoy en casa del Sacerdote....

DOCT. Pero él no se halla aquí. Fué al acecho de un moribundo. Mientras que nosotros, vivimos; nosotros, somos jóvenes. Estamos con ansia de sentir, de ser felices.

DUQSA. ¿Habla usted por su cuenta? Pierde usted el tiempo. Ya no le temo.

DOCT. ¿De modo que nada le conmueve? ¿Nada le impresiona? ¿No tiene usted piedad de mí, ni del inmenso amor que me ha inspirado?

DUQSA. ¡Por Dios!

DOCT. Pues bien, señora. No solo no tiene usted Fé, sino que le falta el deseo, el favor. Su alma no obedece más que á curiosidades femeniles, y esa es una especie de perversidad mística é impía, que la arroja á usted de rodillas contra la reja del confesonario, detrás de la cual alguien que no es Dios la escucha y la compadece.

DUQSA. Alguien que me trata más duramente que usted.

DOCT. Sí. Para hacerla volver. Y para usted tiene cierto encanto el acusarse de la falta, antes de haberla cometido. Inocente ó culpable ¡le es á usted tan dulce hablar del pecado! Cuando ustedes le dicen al Confesor: «Lo he hecho.... no lo haré más». ustedes lo hacen aún. Lo hacen siempre. Y todos los *mea culpa* con los cuales ustedes se golpean el pecho, en vez de arrancar el amor, se lo incrustan como á golpe de martillo.

DUQSA. No logrará usted convencerme.

- DOCT. En ese caso... tenga usted cuidado, porque creeré...
(Fija la vista en ella con intensidad).
- DUQSA. ¿Qué?
- DOCT. Creeré que la mujer, es el engaño de la penitente.
- DUQSA. (Sofocada). ¡Oh!
- DOCT. Y creeré que á través del Sacerdote.....
- DUQSA. ¡Oh! Calle usted. Usted está loco.
- DOCT. No. Usted me ama. Estoy seguro de ello. (Atrayéndola hacia sí). ¡Oh! Sí. Es preciso salir de aquí.
(Conduciéndola á la puerta). Huir de este calabozo.
- DUQSA. (Defendiéndose mal). No. (Hecha alrededor miradas suplicantes á las estatuitas de Santas y de Santos).
- DOCT. No implore usted á esas estatuas de madera. Verónica, Teresa, Magdalena..... ¡Todas hablan de amor! Vamos, vamos.
- DUQSA. (Medio cogida). Se lo ruego. Tenga piedad. Todo nos separa.
- DOCT. No. Nada, ni nadie. (La puerta se abre y aparece el Sacerdote. —Ellos de repente se encuentran delante del Cura, de pie, en el quicio de la puerta).

ESCENA QUINTA

LOS MISMOS. — EL SACERDOTE.

DUQSA. ¡Ah!

DOCT. (Al Cura). ¿Ya vuelves?

SACER. Antes de lo que esperabas. (A la Duquesa). ¿Le ha dicho á usted mi hermano lo que tenía que decirle?

DUQSA. Sí.

SACER. Entonces nada tienes que hacer aquí.

DOCT. Me voy. (El Cura se inclina silenciosamente ante la Duquesa. —Como ella va á salir, el Doctor se prepara á seguirla).

DUQSA. (Al Sacerdote). No. Quien pide á usted permiso para marcharse soy yo. Pero volveré á verle, según hemos convenido.

DOCT. (Parándose). Un instante. Usted me ha dicho que fuera mañana á casa de su marido el Duque de

Chailles, pues su persistente silencio y sombría actitud le inquietaban.

DUQUESA. Sí. ¿Y qué?

DOCT. ¿Debo yo volver y continuar prestándole mis cuidados?

DUQUESA. (Fría y arrogante). Naturalmente. Usted es su Médico. Eso nada tiene que ver con lo demás. (Sale).

ESCENA SEXTA

EL DOCTOR. — EL SACERDOTE.

SACER. ¿De modo que era esa la mujer de quien me habías hablado?

DOCT. Sí. La tuya.

SACER. ¿Qué piensas hacer?

DOCT. ¿Y tú?

SACER. Conjurarte á que renuncies á ella.

DOCT. ¿Estás loco?

SACER. Tú eres el que lo estás. Te lo suplico por el nombre de.....

DOCT. ¿Por el nombre de quién? Déjate de hueca palabrería y no te interpongas en mi camino.

SACER. Yo no me interpongo en tu camino. Eres tú el que te atraviesas en el mío.

DOCT. ¿De veras? Pues tanto mejor. ¿Tú te imaginas que tienes ciertos derechos sobre la Duquesa de Chailles?

SACER. Sin duda.....

DOCT. ¿Y qué derechos son esos?

SACER. Aquellos que ella me ha dado.

DOCT. No. Aquellos que tú te has apropiado.

SACER. De ningún modo. Yo no la conocía. Bien lo sabes tú. Yo no fuí á buscarla. Ella vino á mí libremente. ¿Debía rechazarla? Cuando un enfermo vá á buscarte ¿le despachas?

DOCT. Tal vez. Pero aquí no se trata de eso. No es cuestión de deber, de moral, ni de religión. Se trata de una cosa, ante la cual, todo se rinde, todo se doblega.

SACER. ¿De qué se trata?

DOCT. De amor. Tú no comprendes....

SACER. ¿Por qué no? El amor no es una palabra profana...

DOCT. ¡Ah! Perdóname.... Yo creía....

SACER. Es una palabra profanada.

DOCT. Pero el amor que yo siento por la Duquesa de Chailles, no es, como tú imaginas, un capricho pasajero, una pasión carnal de un día, es el amor más noble y más profundo que pueda concebirse

SACER. Nada me importa la calidad de tu amor. Cualquiera que sea es pecaminoso. Esa no es cuenta mía. Yo me reservo las razones que tengo para no escucharte. No te digo que soy un Sacerdote, que esa mujer está casada, que en ello vá su salvación eterna y otras cosas que te harían reir ó encoger los hombres. Economizo mis sermones. Economiza tú tus suspiros.

DOCT. Bien está. Nada tienes de humano. Vamos, pues, al hecho. Yo amo á una mujer que me ama, que hubiese conseguido ya, que la conseguiría enseguida, si alguien que está cerca de ella no lo impidiera, si alguien no se opusiera á mi felicidad, á la de ella, á los deseos de los dos.

SACER. ¿Y este alguien?

DOCT. Eres tú.

SACER. ¿Sí? Mátame.

DOCT. ¡Oh! Lo ruego. No hables en broma. Si en vez de ser Sacerdote é hijo de mi madre, fueras un hombre como los demás, con quien pudiera ventilar estas cuestiones en el terreno del honor, otro sería mi lenguaje. Pero llevas un hábito que te coloca á cubierto de las injurias.

SACER. Querrás decir, que me ayuda á perdonarlas.

DOCT. Nada puedes temer de mí.

SACER. Ni por mí nada temo.

DOCT. ¿Temes por tu cliente? ¡Ea! Acabemos de una vez. ¿Estás resuelto á interponerte siempre entre la Duquesa de Chailles y yo?

SACER. Siempre y más que nunca.

DOCT. ¡Ten cuidado Daniel!

SACER. Pero hombre, no te enfurezcas y óyeme. ¿Has podido pensar seriamente que cuando una mujer

viene á arrojarse á mis pies, diciéndome: «Salvadme. Estoy expuesta á ser el blanco de las persecuciones de un hombre que vá á hacerme cometer una falta irreparable, yo no voy á poner en juego todos los medios para protegerla, y enseguida, si este hombre lo averigua, va á ser bastante que me amenace, para que me apresure á obedecerle? ¡Ah! ¿Qué idea tienes tú entonces de la conciencia y del carácter sacerdotal? Mientras esta alma se refugie en mí, yo la defenderé contra todo y contra todos.

DOCT. Pues bien. ... Desde este instante yo, ya no te conozco. ¡Tú te conviertes en mi mortal enemigo! ¡Te aborrezco!

SACER. ¡Y yo, te tengo lástima!

DOCT. ¿De modo que quieres luchar? Pues lucharemos.

SACER. Y te estrellarás.

DOCT. Yo le diré á la Duquesa de Chailles de dónde procedes; lo que vales. Le descubriré tu pasado de libertinaje y de vicio. ... Todo aquello que has llevado de regalo á tu Dios, á quien temes, pero á quien no quieres.

SACER. Y la vergüenza de esa acción innoble salpicará solo sobre tí.... ¡Bah...! La partida no es igual. Fuera mejor que la abandonarás.

DOCT. Sí. El Sacerdote....

SACER. El Sacerdote está á la altura de su misión. Yo busco la salvación de una alma. Tú, la captura de un cuerpo.

DOCT. No. Yo en ella amo todo.

SACER. Y aun suponiendo que por fuerza ó por astucia consigas ese perecedero cuerpo, ese pobre ceniza de mañana, ¿qué harás? Responde. ¿Le serás fiel? ¿Cuántos días? ¿Cuántas noches?

DOCT. ¿Qué te importa á tí?

SACER. Llenarás tu egoísta deber de amante y después irás á comenzar con otras....

DOCT. Nunca.

SACER. Dejando sumida en la amargura y en el olvido á la desdichada á quien el día anterior garantizabas la eternidad de tu cariño.

- DOCT. Te equivocas. Yo no juego con la eternidad. Tú eres quien la prometes.
- SACER. Y Dios quien la tiene. ¿Y te figuras que voy á dejarte cometer ese crimen? ¿Que he de permitir que te apoderes de esa alma, que á costa de tantos esfuerzos he podido sacar poco á poco de las mallas de tu red?
- DOCT. Yo no la he cazado á lazo. Ella me ama.
- SACER. Te haces ilusiones. En el fondo, lo que te irrita, lo que te humilla y te hace delirar, voy á decírtelo. Es que yo soy tu hermano.
- DOCT. Y á tí, en cambio, nada te importa que yo sea el tuyo
- SACER. Nada. En este conflicto ¿quieres decirme qué significa eso? ¡Si yo iría lo mismo contra mi padre!
- DOCT. ¡Oh! ¡Es hermosa la religión!
- SACER. Tú eres ateo. Tú eres sabio. Tú no crees en los milagros y de ellos te has reído alguna vez sarcásticamente. ¿Quiéres uno? Oyelo. Hay aquí en París, miles de Sacerdotes.... y el único que no debía haber elegido la Duquesa de Chailles, es el que sin saberlo y sin quererlo elige. El que precisamente se encuentra colocado mejor que todos para arrancarla del hombre que la codicia. Su propio hermano. Yo. Nosotros no nos veíamos hace diez años. Ella, tú y yo, estábamos separados por infranqueables distancias. Condición, fortuna, medios sociales ... Debíamos morir sin encontrarnos jamás. Pero Dios dirige, y entonces todo nos aproxima, todo nos acerca. Y henos aquí á los tres encerrados en un círculo estrecho. Pues bien. Tú júzgalo esto como quieras. Yo digo que es providencial, milagroso.
- DOCT. Tú te ciernes en las alturas espirituales, pero no tienes el alma más que en la boca. Te esfuerzas en vano por justificar tu conducta con razones desinteresadas y divinas. Pero te callas las verdaderas.
- SACER. ¿Cuáles?
- DOCT. En el ardor con que tan denodadamente defiendes á tu pecadora, en la especie de áspera envidia que se escapa á través de tus lamentos, en tu

cólera, en tu gesto, en tu voz, es fácil reconocer los latidos de una pasión.

SACER. ¿Qué quieres decir?

DOCT. Que la causa de la criatura te interesa tanto como la del Creador.

SACER. Las dos son una misma.

DOCT. Sí. Al principio. Pero poco á poco, el amor del Redentor pasa á segundo término, y el interés por la penitente al primero. Tú te complaces en esa nueva lucha. Antes de que conocieras la personalidad de tu hermosa pecadora, ya tenías conciencia de hallarte en íntima y privilegiada relación con una criatura excepcional, de superior inteligencia y sensibilidad. Y cuando la conoces, viene aquí, levanta su velo y vuestras dos palideces se encuentran cara á cara. ¡Ah! Entonces.....

SACER. ¿Qué?

DOCT. ¿No comprendes?

SACER. No.

DOCT. Entonces, por inmune que estés de las realidades de la vida, tú no puedes menos de advertir que esa mujer es sensible, triste y bella, y como tú tienes el sentimiento del arte y de la belleza.....

SACER. Prosigue..... Acaba.....

DOCT. Bruscamente caes en tierra. El alma ha tomado cuerpo. Al imperceptible roce de un vestido de mujer, sientes escalofríos y te aterras de ser hombre.

SACER. ¡Oh! No me aterra eso, no. Me aterra, la monstruosidad de los medios que empleas para llegar, cueste lo que cueste, á la hartura de tus deseos. He ahí lo que el amor contrariado hace cometer á un hombre de bien. Eso es lo aterrador, lo terrible. Tú no piensas lo que dices.

DOCT. Lo pienso.

SACER. Entonces, estás loco. Sí. Más que el más loco de tus enfermos. (Pausa). Pero no. He conocido tu juego. Sé franco. Pretendes acobardar mi espíritu con tus insinuaciones. Quieres extraviar mi corazón.

DOCT. ¿Con qué fin?

SACER. ¿Con qué fin? Con el fin de que yo pierda la con-

ciencia de mi Fé, de mis deberes. Con el fin de que en mi apuro no tenga más idea que la de huir de esta maldita penitente que amenaza mi honor y mi reposo. Con el fin de que la abandone, y entonces, al día siguiente, una vez sola y á tu antojo, la conquistes con toda comodidad. Ese es tu plan. Y apostaríá á que ya lo has ensayado cerca de la Duquesa.

DOCT. No tengo tan viles propósitos. Digo lo que es.

SACER. No.

DOCT. Entonces, lo que será.

SACER. No, y mil veces no. Es posible que tus impuras insinuaciones causen algún azoramiento en la Duquesa de Chailles. Una mujer se conmueve, se excita. Pero sobre mí, resbalan y nada pueden. No cuentes, pues, con que caiga en el lazo. Está descubierto.

DOCT. Demasiado tarde.

SACER. Para tí. Hace ocho días, todavía ayer, podías tener esperanza de conquistar á la Duquesa. Ella ignoraba mi nombre. Yo era para ella un Sacerdote cualquiera. El primero que encontró. La poseía por momentos y de demasiado lejos. Pero desde hace una hora, desde que ella nos ha visto empeñados en este duelo á muerte, del cual ella es la causa y el premio. Yo he crecido. Brillo á sus ojos como un destello divino. Soy el elegido, el ser providencial, el señor absoluto de su destino y de su suerte. No sueñes, pues, más. Todo ha terminado. La Duquesa de Chailles no será tuya: no la conseguirás jamás.

DOCT. Será mía contra tí, contra ella, contra Dios.

SACER. Si no existe. Tú lo niegas.

DOCT. Yo lo admito para triunfar de él. La Duquesa de Chailles será mía. Te lo juro.... por.... (Extiende la mano hacia el reclinatorio y las santas Imágenes que están encima).

SACER. (Bajándole el brazo). ¡Oh! No blasfemes.... Separémonos. Sal de aquí.

DOCT. ¿Me arrojas de tu casa? Me voy. (Volviendo hacia él y poniéndole una mano en el hombro). Pero no olvides lo que ahora te digo. Estás perdido. ¿Te crees

seguro de tí? Pues bien. Tú dejarás de ser Sacerdote. (El Sacerdote extiende los dos brazos con las manos en alto, volviendo la cabeza á su hermano).

SACER. ¡Vete!

DOCT. ¡Y arrojarás ese traje negro!

SACER. ¡Vete!

DOCT. ¡Lo arrojarás! (Sale.—El Sacerdote queda solo, asustado, pálido y marcha vacilante hacia el reclinatorio, donde cae arrodillado con la cabeza entre las manos.

TELÓN

ACTO TERCERO

En la Residencia de los Misioneros Franciscanos.—En el faubourg Saint-Germain.—Salón de un antiguo palacio del siglo XVIII, convertido en un gabinete de trabajo de una casa religiosa.— Habitación que ocupa el Obispo.—Su cuarto linda con esta pieza, con la cual comunica en el patio.—Segundo término.—Otra puerta en el patio, segundo término. Otra puerta en el patio, primer término, conduciendo por un corredor á una tribuna de la capilla. - Puerta de dos hojas al fondo. - En esta pieza ciertos detalles de *mise en scene* y algún desórden, hacen visibles los preparativos de una próxima marcha. Una capa y un sombrero del Obispo, colocados en primer término sobre una butaca.—Una especie de hermano lego, se ocupa en arreglar libros y papeles en un armario-biblioteca.

ESCENA PRIMERA

EL PORTERO DEL HOTEL DE CHAILLES.—EL CRIADO
DEL OBISPO.

(El portero del hotel de Chailles llama en la puerta del fondo.— El portero es un criado de cabellos blancos, con librea.—El lego va á abrir).

PORT. ¿Está el señor Obispo?

CRIAD. Sí. Pero no recibe. Está ocupado en hacer los preparativos para su viaje al extremo Oriente.

PORT. ¿Cuándo se va?

CRIAD. Dentro de tres días.

PORT. Tenía necesidad absoluta de verle.

CRIAD. ¿Ahora mismo?

PORT. Sí. Ahora mismo. Es para un asunto grave.

CRIAD. ¿De parte de quién viene usted?

PORT. De parte del Doctor Morey.

CRIAD. (Repitiendo la palabra). Morey. (El portero hace signos de que es él....) Está bien. Espere usted. (Sale por la puerta que conduce al cuarto del Obispo.—El portero queda solo, dá dos ó tres pasos, mira receloso y espera.—El Obispo entra solo).

ESCENA SEGUNDA

EL PORTERO.—EL OBISPO.

OBISP. ¿Es usted quien viene de parte del Doctor Morey?

PORT. Sí, Monseñor.

OBISP. ¿Y quién es usted?

PORT. Soy el portero de los señores Duques de Chailles.
¿Ha visto Monseñor á la Duquesa?

OBISP. No. ¿Iba á venir aquí?

PORT. Sí. Salió á pie, y dijo que vendría. Felizmente
llego antes que ella. La señora nada sabe.

OBISP. ¿Qué sucede?

PORT. Una gran desgracia. El señor Duque está ago-
nizando.

OBISP. ¿Cómo?

PORT. Tuvo un rapto de locura cinco minutos después
de salir la señora Duquesa. Abrió la ventana de
su cuarto en el primer piso que dá al patio cen-
tral, y se arrojó á él. En el momento de ocurrir
la desgracia llegó el Doctor, pues casualmente
cuando sucedió era la hora de la visita. Entre los
dos lo levantamos del suelo sin conocimiento, y
con una herida en la cabeza y una pierna y un
brazo destrozados.

OBISP. ¿Y qué dice el Doctor?

PORT. Mandó á buscar á dos de sus compañeros, y con-
fía en salvarlo. Suplica de Monseñor, que retenga
aquí á la señora Duquesa, una hora por lo menos.
El tiempo necesario para prestarle los primeros
cuidados, lavar el patio y ordenarlo todo. Des-
pués le ruega que la prepare Monseñor para re-
cibir poco á poco la noticia.

OBISP. Bien, bien. (El mismo criado le dá una tarjeta al Obis-
po.—Este la mira). La señora Duquesa de Chailles.
Salga usted por aquí. (Le indica otra puerta, segundo
término).

ESCENA TERCERA

EL OBISPO.—LA DUQUESA.

OBISP. Me confunde usted, señora Duquesa, tomándose la molestia de venir.

DUQSA. (Con un gesto que significa que aquello importa poco). Quince días hace que ví á Monseñor por primera vez, y desde entonces guardo de nuestra rápida entrevista un recuerdo indeleble.

OBISP. Y yo también lo guardo, señora Duquesa

DUQSA. ¿Conoce Monseñor mi situación conyugal?

OBISP. La conozco.

DUQSA. Bruscos acontecimientos la complican. Atravieso una crisis horrible. Es necesario....

OBISP. Hable usted.

DUQSA. El Doctor Morey me ama.

OBISP. Lo sé.

DUQSA. Me solicita para que me entregue á él. Yo me he resistido con gran trabajo, y lo he conseguido, gracias al Sacerdote que me dirigía. Este Sacerdote, á quien encontré por un azar.

OBISP. No hay tal azar.

DUQSA. Tiene razón, Monseñor. Es el Abate Daniel. ¿Le conoce?

OBISP. ¿El hermano del Doctor?

DUQSA. El mismo. Yo ignoraba hasta estos últimos días su parentesco. De suerte, que yo estaba á la vez, codiciada con ardor y protegida con entereza, retenida y arrastrada, por dos hombres que eran hermanos.

OBISP. Y enemigos.

DUQSA. Que nada sabían. Después todo se ha descubierto. En nombre del amor humano y divino, estos dos hombres de fé y deber contradictorios, estos dos apasionados implacables, hijos de una misma madre, se disputaban en una especie de incesto, mi cuerpo, mi alma y mi felicidad. Me destruían. ¡Y yo misma era quien me había

puesto en sus manos! Amaba al uno, respetaba al otro, los temía por igual y los estimaba diferentemente. No podía prescindir del que me aturdió con los artificios del amor, ni del que me iniciaba en las voluptuosidades de su renuncia. Me reconocía su prisionera á perpetuidad, su obligada, su víctima. Estaba aterrorizada.

OBISP. (Con mezcla de calma y de incredulidad). ¿Hasta ese punto?

DUQSA. Monseñor va á estarlo también. Lo más importante no está dicho.

OBISP. Dígalo pronto.

DUQSA. Inconsolable y furioso Morey al ver que se le escapaba mi conquista, en la demencia de sus reproches, no ha temido poner en duda la honradez de mi fé, acusándome de coquetería sacrílega, y llegando hasta creer, que el amor á Dios no era el solo que me precipitaba á los pies de su Ministro.

OBISP. ¿Entonces?

DUQSA. Creí morir de cólera y de vergüenza delante de él. Después la cizaña de las insinuaciones pérfidas, germinó secretamente en mi alma. Y aunque estoy bien segura de que el Doctor ha mentido, tiemblo ante la sola idea de que él, haya podido decir verdad. ¿Y si él contaba con el porvenir? ¿Si suponía que yo estuviese á punto de rodar en el abismo? ¡Ah! Entonces mi razón vacila y me abandona. Yo tengo miedo de todo. De los hombres y del Cielo, y mi pensamiento no quiere desprenderse de ese noble y puro Sacerdote, que no he intentado volver á ver.

OBISP. ¿De modo que usted no ama ya al Doctor Morey?

DUQSA. Sí. Pero no es él solo. ¿Comprende Monseñor? Tiene un hermano. Y los dos, diferentes en todo, se parecen, sin embargo. Sus dos voces son idénticas, como si así lo fueran para confundirme más. Ellas resuenan durante la noche en las tinieblas, y yo no las distingo. El creyente, es quien me conforta y absuelve. El ateo, quien me ama y me suplica con palabras enloquecedoras.

OBISP. No le escuche usted.

DUQSA. Le oigo, sin embargo.

OBISP. Busque un refugio.

DUQSA. ¿En el cuarto de mi marido? En esa habitación, en donde ante la mirada investigadora de los retratos de Legados, Cancilleres y Mariscales, el último de sus descendientes sometido á inyecciones de morfina y entre sábanas manchadas de sangre, delira al resplandor de una lámpara. ¡Qué ignominia! Entro en mi cuarto, sollozo, muerdo estas manos desgarradas que no saben ya juntarse, y llamo en mi socorro á un Dios lejano, que no me oye. ¡He ahí mi situación!

OBISP. ¿Y eso es todo? ¡Pobre mujer! Eso no es nada. (Sobre un gesto de ella). ¡Eh! Nada. ¿Usted se asombra? ¿Usted se admira de sufrir? ¿Usted cree que es el blanco de la gran tentación? ¿Piensa que Satanás ha hecho una excepción con usted? ¡Orgullosa! Vamos poco á poco. ¿Que el Doctor Morey le ha dicho á usted palabras duras? ¿Y por qué han de turbarla? Casi se engríe usted de una falta quimérica. Entre el Abate Daniel y usted, no hay más que un fantasma. Ese fantasma es usted, y su imaginación de Eva inquieta y nunca tranquila, quien lo ha creado, sacándolo de la nada.

DUQSA. ¿Por qué lo habré hecho?

OBISP. Por atribuirse el mérito y el privilegio de estar por él hostigada. Usted juega con el pecado.

DUQSA. En fin.... yo no puedo quedar así entre dos hombres que ocupan y destruyen mi vida. Es preciso, ya que no por mi salud, al menos por mi tranquilidad, que yo me libre de ellos. Creo haber encontrado el medio.

OBISP. ¿Cuál?

DUQSA. Mi marido no puede vivir ya mucho tiempo.

OBISP. ¿Quién sabe?

DUQSA. Tengo hecho voto, el día que quede libre, de consagrarme á Dios.

OBISP. ¡A la vida religiosa!

DUQSA. Monástica. Enclaustrada.

OBISP. ¿Usted? ¿Una Duquesa millonaria? ¿Qué hará usted de sus bienes? ¿Los dará usted en dote al Señor?

DUQSA. No. Es bastante rico... . A los pobres.

OBISP. Es lo mismo.

DUQSA. Es mejor. No conservaré nada de mi inmensa fortuna, cortaré mis cabellos, y lejos de las ciudades, completamente pobre, aniquilada de humildad, entraré en la Orden más dura y más rigurosa.... en la del Carmelo, ó en otra.

OBISP. Yo se la indicaré. Y rápidamente llegará usted á ser Abadesa.

DUQSA. Nunca. Siempre hermana lega, la última sierva.

OBISP. Orgullosísima.

DUQSA. ¿Qué debo hacer entonces?

OBISP. Tener menos fervor.

DUQSA. ¿Monseñor no me juzga sincera?

OBISP. Sí; ahora sí. Estoy convencido de que si el señor Duque de Chailles muriera, hoy cumpliría usted su promesa.

DUQSA. La cumpliré siempre.

OBISP. Pero también creo que bastará quizás, que usted tenga esta ansia ardiente é inmediata del claustro, para que su marido viva largo tiempo. ¿Y entonces?

DUQSA. Entonces querrá decir, que Dios no me ha querido.

OBISP. Y que usted no le querrá ya á El. Y que usted acabará por caer en los brazos del Doctor. ¡Encuentra usted tan hermoso el defenderse! Y usted le ama. Le ama siempre. No me engaño. (En este momento llaman á la puerta del fondo.—La detiene con el gesto, como si ella fuera á hablar.—Vá á la puerta, que entreabre.—Un criado le entrega una tarjeta.—La toma y la lee.—Al criado). ¿No le he dicho á usted que tenía una visita?

CRIAD. No, Monseñor.

OBISP. (Al criado). Bien. Soy al momento. (El criado sale y vuelve á cerrar la puerta.—A la Duquesa). Es el Abate Daniel.

DUQSA. (Se levanta muy turbada). ¿Vá á entrar aquí?

OBISP. ¿Por qué no? (Ella hace un movimiento). No se apresure usted.

DUQSA. Permítame, Monseñor, que me retire. Yo no quiero exponerme á verle.

- OBISP. ¿Teme usted encontrarse frente á él, después de lo que acabo de decirle?
- DUQSA. Sobre todo después.
- OBISP. (Abriendo la puerta del patio en primer término). En ese caso, pase usted por aquí. Esta puerta dá á una galería á cuyo extremo está la capilla. Tendré que hablar, señora, con usted, cuando termine con el Abate Daniel. No tardaré mucho. Si usted me lo permite, iré á buscarla.
- DUQSA. (Haciendo signos de que consiente, dá un paso). Le espero, Monseñor. (Aconsejándose). ¿Pero qué voy á hacer en esa capilla?
- OBISP. Orar.
- DUQSA. Lo hago muy mal. No sé.
- OBISP. Nadie sabe. Yo tampoco
- DUQSA. Y después de todo ¿para qué? ¿Por quién voy á rogar?
- OBISP. No falta por quién. Por usted, por su marido.
- DUQSA. Los vivos no me interesán ya.
- OBISP. Entonces ruegue usted por los muertos. (Sale la Duquesa. Monseñor llama.—Aparece el criado por la puerta entreabierta.—Le hace seña el Obispo, mostrándole la tarjeta que ha guardado en la mano, para que introduzca al Abate Daniel.—Este es introducido).

ESCENA CUARTA

EL OBISPO—EL SACERDOTE.

- SACER. ¿Monseñor, no pensaría verme tan pronto?
- OBISP. Te esperaba.
- SACER. ¡Ah! ¿Mas Monseñor no podrá suponer el asunto que me trae á su presencia?
- OBISP. Lo sé.
- SACER. ¿Lo sabe Monseñor?
- OBISP. He visto á la Duquesa de Chailles.
- SACER. ¿Y qué le ha dicho?
- OBISP. Lo que ha sucedido.
- SACER. ¿Pero lo que ella ignora? ¿Las acusaciones que mi hermano se ha atrevido á hacerme?

- OBISP. Las mismas le ha hecho á la Duquesa.
- SACER. ¿Como á mí? ¿Y os ha dicho...? ¡Oh! Perdonadme, Monseñor, que os interrogue de este modo. ¿Y os ha dicho que estaba intranquila....?
- OBISP. Sí. muy conmovida.
- SACER. ¿Y también turbada?
- OBISP. Perseguida.
- SACER. ¿Desde el día en que descubrió nuestro fraternal parentesco?
- OBISP. Precisamente.
- SACER. Y en que tuvo miedo de experimentar por alguno que para ella debía ser sagrado.....
- OBISP. No sigas. Todo eso me lo ha dicho.
- SACER. ¡Oh! ¿Y le ha dicho también á Monseñor, que el que había sido tan castamente feliz al dirigirla, participaba hoy del mismo terror?
- OBISP. No. Eso no me ha dicho.
- SACER. Pues vengo á que lo sepáis. Estoy perdido. Yo no quiero seguir siendo Sacerdote.
- OBISP. ¿Por qué?
- SACER. Porque soy indigno de ese Ministerio.
- OBISP. ¿Y qué es lo que te hace pensar así?
- SACER. Todo. El pasado, el presente, el número de mis vicios. Mi hermano no ha tenido reparo en remover con mano hábil, ese barro olvidado de mi juventud. Me ha hecho un gran servicio. Queriendo perjudicarme, me ha favorecido. Gracias á él, me he visto tal como soy. Siempre corrompido, aun después de tantos años de pureza. Casi todos los hombres cuando recuerdan el principio de su vida, se encuentran mejores. A mí me sucede lo contrario. Si vuelvo la vista á los veinte años, no siento más que repulsión, y no hallo ni un solo recuerdo que me emocione ni me enternezca. Tal es mi pasado.
- OBISP. Tengo, sin embargo, impresos como el primer día, tus ardores ideales, cuando te revestiste de ese hábito, del que ahora pretendes despojarte.
- SACER. (Con un gesto evasivo y frío). ¿Qué ardores?
- OBISP. ¿Los has podido olvidar acaso?
- SACER. Ya no puedo sentirlos.
- OBISP. Despiértalos.

SACER. ¡Pero si están muertos!

OBISP. Ese pasado nunca muere. Es lo único que en tí existe.

SACER. No, no. Soy mucho más culpable. Yo me esforzaba, pero no tenía Fé.

OBISP. Eso no es verdad. La tenías. ¿Te acuerdas cuando te enseñaba á leer los Evangelios.....?

SACER. Bajo los frondosos árboles del Seminario.

OBISP. ¿Y cuando al expirar el crepúsculo vespertino, cerrado el libro, soñábamos juntos en la Palestina? Parece que es ahora mismo.

SACER. En el milagro de la noche.....

OBISP. Cuando creíamos oír en el fondo del jardín donde había un desmedrado olivo, arrastrarse los pliegues del manto de Jesús. ¿Tenías Fé entonces?

SACER. Entonces, sí.

OBISP. ¿Y cuando en Roma tuviste el júbilo de celebrar á mi lado, la primera Misa en las Catacumbas?

SACER. En una hermosa mañana de otoño.

OBISP. Tus lágrimas corrían sobre la Hostia. ...

SACER. Y el altar era el sarcófago de una virgen de quince años, martirizada en el Circo, bajo el mando de Tiberio. Ya lo recuerdo.

OBISP. ¿Tenías Fé?

SACER. (Pudiendo apenas contener sus lágrimas). Sí La tenía, la tenía.

OBISP. ¡Ah! Y la tienes todavía.

SACER. No. Ya no la tengo. Olvidemos el pasado. En este momento soy el más miserable de los hombres. Mi hermano ha hecho nacer en mí la duda, y ha infiltrado en mi espíritu.....

OBISP. ¿En tu espíritu so amente?

SACER. No. Y en mi corazón también. Allí se recogen odiosos pensamientos, que están á punto de serme queridos. Y aunque los rechace, aunque los arroje, aunque los barra, con las palabras y actos más enérgicos que pueda encontrar en lo íntimo de mi ser, no se van, y revolotean como punzadoras avispas. Y siento que esta alma de mujer á la que yo me había dedicado con la piedad de anacoreta, se me escape, y que quien vaya á co-

jerla, arrebatándosela á Dios, y á mí, sea mi hermano. ¡Si fuera siquiera otro! Mi dolor sería igual, pero mi amargura sería menor. Y la idea de que la Duquesa de Chailles pueda pertenecer á mi hermano, no solo por la falta de ella, sino por su matrimonio, si de repente quedase libre. ¡Oh! Esa idea, esa idea, os lo confieso, aunque me dé vergüenza el decirlo, me traspasa, me mata y se me hace intolerable.

OBISP. ¿Y por qué? Tú debieras regocijarte. ¿No es tu hermano un hombre honrado?

SACER. Sin duda. Como todos.

OBISP. ¿No ama á la Duquesa de Chailles?

SACER. (Con violencia). Sí.

OBISP. ¿Y no es amado por ella?

SACER. (Con cólera). Sí. Es posible. Me es igual. Yo lo que quiero es que no se unan.

OBISP. ¿De modo que estás celoso?

SACER. Lo estoy.

OBISP. ¡Pobre hijo mío!

SACER. Pero no de la manera que Monseñor piensa. En mi adhesión á esta criatura superior, no entra, os lo juro, ningún deseo culpable.

OBISP. Hasta ahora, cuando menos.

SACER. No. Apesar de las mezquinas tentaciones, que yo repruebo, si alguna cosa admiro en ella, es su alma orgullosa y turbada, que se remonta y engrandece en el abatimiento. Es su alma, nada más que su alma, lo que yo reclamo, y lo que quiero guardar, porque es en parte obra mía. Hija de mi severidad y de mi absolución. Tesoro de sacrificio y de arrepentimiento, que yo enriquecí. Yo solo en este mundo conozco lo que ella vale, y sé sus secretos, sus caídas, sus redenciones, sus espléndidas y ocultas hermosuras. Y digo, que nadie la merece. Ni tampoco mi hermano.

OBISP. ¿Por qué?

SACER. Porque la perderá.

OBISP. A menos que ella lo convierta.

SACER. El será más fuerte.

OBISP. Y ella más paciente. Y tú mientras tanto, debes seguir siendo Sacerdote.

SACER. Pero si me falta el espíritu. ¿Cómo he de vestir ya estos hábitos?

OBISP. Porque ellos son tu salvaguardia. Porque si tienes la desgracia de dejarlos, no tendrás consuelo. Además estás ofuscado. Tú y tu penitente sois los forzados del escrúpulo. Os enloquece hasta el punto de haberos persuadido de ser culpables de una falta imposible y que jamás cometeréis. Conozco el caso. Yo también he pasado por él. Os acusáis de las cosas más vergonzosas, y no tenéis la más ligera debilidad que reprocharos.

SACER. Sí. Yo tengo que reprocharme más de una.

OBISP. ¡Bah! ¡bah! Vuestras dos conciencias no han sido nunca tan hermosas, como en el momento en que queréis demostrarme vuestra pretendida indignidad. Hace poco, y en este mismo sitio en que tú me hablas de desertar de la Iglesia, la Duquesa de Chailles se lamentaba de no poder abrazar la vida religiosa.

SACER. (Con alegría). ¿Es verdad? ¿Os lo ha dicho ella? ¿Y la habéis animado en ese pensamiento para lo porvenir?

OBISP. ¿Yo? ¿Y con qué derecho?

SACER. ¿Cómo? ¿No encontráis que para una alma deseosa de lo infinito y cansada del mundo, la vida del claustro no es la más envidiable?

OBISP. Sí; pero el claustro no está siempre donde están las celdas y las rejas.

SACER. ¿Dónde, pues, está?

OBISP. En las prisiones del sacrificio y en las cárceles del deber. El deber de la Duquesa de Chailles, es el de vivir la vida de mujer. El tuyo el de vivir la vida de Sacerdote. Nada más.

SACER. Sea. Obedeceré. Seré siempre el hijo sumiso. Pero á otra cosa. Este sencillo hábito no me satisface ya. En adelante, quiero llevar el áspero sayal del monje. Huir del tumulto de las ciudades. Encerrarme en el recinto fúnebre de un Convento de la Trapa. Y allí llorar, leer la Imitación; emparme de la nada, la vista fija en el reloj de arena; extenuarme de tanto orar; estrechar entre los dedos las sienes de una calavera; y con la azada

- en la mano y el sudor de mi frente, cavar mi fosa.
- OBISP. ¡Egoísta! ¡Voluptuoso!
- SACER. ¿Tampoco eso os gusta?
- OBISP. No.
- SACER. ¿No me juzgáis digno?
- OBISP. No es ese tu deber.
- SACER. Entonces..... ¿No partís dentro de unos días para el Asia? Pues llevadme.
- OBISP. ¿A tí?
- SACER. ¡No me dejéis solo! ¡Arrancadme de mis tormentos! ¿No habéis fundado un Hospital de leprosos? Empleadme en él. Cuidaré de los enfermos y amaré sus úlceras.
- OBISP. ¡Sibarita! ¡Epicúreo!
- SACER. Llevadme. Tened piedad. Tened compasión. Tendré el valor necesario. Me siento capaz, como Monseñor, de sufrir el martirio, el suplicio del confesor.
- OBISP. Pero si ya no martirizan, pobre hijo mío. Eso era en los buenos tiempos.
- SACER. Esos tiempos pueden volver. ¡Oh! En un día de sol radiante, ver brotar mi sangre bajo el filo de los aceros.
- OBISP. ¡Qué artista!
- SACER. Y cantando el *Magnificat*...
- OBISP. ¡Y músico y poeta!
- SACER. (Poniéndose de rodillas). Llevadme.
- OBISP. (Con decisión). Pues bien. Te llevo.
- SACER. ¡Ah! Gracias, gracias.
- OBISP. Pero con una condición.
- SACER. Acepto todo, todo.
- OBISP. Que antes de partir has de ver á la Duquesa de Chailles.
- SACER. ¿Eso es lo que Monseñor me pide?
- OBISP. Eso es lo que te exijo.
- SACER. Pero si no sabremos hablarnos, ni mirarnos siquiera.
- OBISP. Digáis lo que os digáis, aunque no pronunciéis más que insignificantes palabras, ó permanezcáis silenciosos el uno frente al otro, es necesaria esta última entrevista, para que por siempre se disipe la equívoca situación en que los dos os hun-

dís. ¿Me venís á contar que una víbora se ha deslizado y ha criado en vuestros corazones? Pues bien. Hay que arrojarla y machacar su cabeza. No quiero, para descanso de vuestra conciencia, que llevéis cada uno mañana, un recuerdo sombrío y dudoso.

SACER. Menos perjudicial, tal vez, que un buen recuerdo.

OBISP. Cien veces peor. Bien sabes, que las heridas en que queda dentro el arma que las ha causado, nunca curan. Hay que arrancarla, si no se gangrenan. Vas á volver á ver á la Duquesa, y eso bastará, te lo aseguro, para que encontrándoos frente á frente, desaparezca en un momento y para siempre, el encantador maleficio.

SACER. ¿Y si sucede todo lo contrario?

OBISP. Allá veremos.

SACER. Evítadme esta prueba. No estoy seguro de mí mismo.

OBISP. Pues yo, estoy seguro de vosotros dos. Voy á buscarla. (Dá un paso como para alejarse).

SACER. ¿Está ahí?

OBISP. (Indicando la puerta por donde ha salido). Sí. En la capilla.

SACER. ¿Y sabe que estoy con Monseñor?

OBISP. Lo sabe. (De nuevo dá un paso).

SACER. Aguardad. Todavía no. No me abandonéis. Asistid á la entrevista.

OBISP. ¿Para qué?

SACER. Quédese por lo menos cerca. En la habitación inmediata.

OBISP. No, no. Me marchó. Voy á casa del Duque de Chailles.

SACER. ¿A casa del Duque de Chailles?

OBISP. Sí. Está espirando y ella no lo sabe. (Abre la puerta que conduce á la capilla de la tribuna, y sale dejándola abierta).

ESCENA QUINTA

EL SACERDOTE, SOLO UN MOMENTO; DESPUÉS LA DUQUESA
Y EL OBISPO

(El Sacerdote se queda solo, permanece inmóvil, la cabeza sobre sus manos, los ojos cerrados.—El Obispo vuelve al momento, delante de la Duquesa.—En cuanto la Duquesa percibe al Sacerdote se conmueve, aunque reprimiéndose enseguida y dirige al Obispo una mirada de reproche, que recibe impasible).

OBISP. (A la Duquesa). Señora, el Abate Daniel que se ausenta por mucho tiempo. (La Duquesa deja escapar un imperceptible ¡Ah!). No ha querido marchar sabiendo que estaba usted ahí sin verla algunos instantes. (El Obispo saluda y sale).

ESCENA SEXTA

EL SACERDOTE.—LA DUQUESA.

(Permanecen próximamente un minuto entrecortados, inmóviles, silenciosos.—La Duquesa dá un paso y rompe la primera el silencio).

DUQSA. ¿Entonces lo que ha dicho Monseñor es verdad?
¿Usted se marcha?

SACER. Sí señora.

DUQSA. ¿Cuándo?

SACER. Lo antes posible.

DUQSA. ¿Y á dónde va usted?

SACER. A Asia. A cuidar leprosos.

DUQSA. Le envidio á usted. ¿Y por mucho tiempo?

SACER. Por mucho.

DUQSA. Entonces me quedo, si cabe, más desamparada que antes. Me había acostumbrado á su dirección y cuando me hace más falta...

SACER. No tanta como á mí su debilidad.

DUQSA. ¿Para qué podía servirle?

SACER. Para darme fuerza. A menudo nuestra mejor salvaguardia es la fragilidad de la que protegemos.

DUQSA. Sus consejos eran siempre para mí de una gran eficacia y de un recurso supremo. Y cuando más los voy á necesitar, me los retira usted.

SACER. Ya no podían serle útiles y usted misma hubiera dejado de recurrir á ellos.

DUQSA. ¿Por qué? ¿Qué sabe usted?

SACER. Porque los acontecimientos de estos últimos días nos han hecho perder la confianza.

DUQSA. ¿En quién? ¿En usted? ¿En mí?

SACER. En los dos. No sienta usted que me vaya, señora. Yo no puedo ya dirigirla.

DUQSA. ¿Entonces á quién recurriré? A un desconocido. Prefiero no tener ninguno.

SACER. Yo ayer era el desconocido.

DUQSA. Sí. Y también considero una desgracia el que haya dejado usted de serlo.

SACER. O una suerte. Oigame usted, señora, y óigame usted con una atención virginal, inmaterial, la más angélica y mejor que encuentre en sí misma, como si estuviera muy lejos de mí, aun estando tan cerca, con toda la energía de su ser, desprendido del mal y dirigiéndose hacia el bien. Olvide usted que esta voz corporal, temblorosa, es mi voz terrena y despreciable y esfuércese en creer, que es voz espiritual que no puede mentir, animada en este instante por ignota inspiración.

DUQSA. Le escucho á usted así.

SACER. Hay á veces en nuestra extraña vida, sin saber por qué, momentos inesperados, soberanos, decisivos. Momentos fulgurantes, que arrojan sobre nuestros destinos un resplandor de fuego como esos meteoros que brillan de tarde en tarde en el cielo, y de los que nadie sabe qué significa su luz purpúrea, si es un cataclismo ó una apoteosis. Pues bien: tengo la certeza de que nosotros nos encontramos en uno de esos momentos.

DUQSA. Lo creo como usted.

SACER. ¡Oh! Es preciso que esto sea una apoteosis. ¡Dios mío! ¡Dios mío! Yo quisiera poder decírselo á

usted con las palabras más escogidas, con las frases más puras, con un lenguaje, al que ningún hombre hubiese igualado en excelstitud, con un lenguaje digno de nosotros dos. Todo lo que usted es y vale, lo sé yo, y solamente yo, porque usted abrió el libro de sus pensamientos íntimos para que yo leyera en él. Y por tal motivo, ni usted ni su porvenir me inquietan. Mas para estar del todo seguro, antes de separarnos, quisiera oír de sus labios que está usted completamente tranquila, con la tranquilidad y serena calma de un lago. Dígame usted que á medida que me oye, me comprende y se tranquiliza, que nuestras almas son dueñas de nosotros actualmente, que han sujetado las pasiones de los sentidos y que ellas nos inundan, nos transfiguran, son lo único que vive en los dos, y que mi alma es la que dá á la suya á beber y la suya la que apaga la sed. Dígamelo usted así.

DUQSA. Se lo digo.

SACER. ¡Ah! ¡Qué dichoso soy! ¡Me interesa tanto su felicidad!

DUQSA. Gracias. Pero antes de partir tengo que pedirle á usted un consejo. El último.

SACER. Hable usted.

DUQSA. Le parecerá á usted cruel, inhumano, que en vida de ese moribundo, que es mi marido, piense con tan gran lucidez en su desaparición, mas debo preverlo todo.... ¿Qué he de hacer el día en que me quede sola? ¿Dónde cree usted que está para mí la felicidad?

SACER. En el amor.

DUQSA. (Con entusiasmo). ¿En el amor divino? ¿En el claustro? ¡Ah! Sí. Ya lo había escogido.

SACER. No. En el claustro, no.

DUQSA. ¿Entonces en dónde? ¿En el amor humano?

SACER. Sí. En el amor humano, que tiene también su parte de divino.

DUQSA. ¿Y usted me aconseja que me vuelva á casar?

SACER. Sí, señora, para ser madre. Los diez deditos de un niño son la decena de las cuentas del Rosario que deben besar sus labios.

DUQSA. ¿Cómo? ¿Ayer me prohibía usted amar y hoy casi me lo ordena?

SACER. Nada, señora. Yo no he conocido bien á usted, ni me he conocido á mí mismo. Usted es un ser lleno de vida y de ternura, y á sus rodillas no sientan bien las losas de una celda, ni el negro velo á su frente. Conozco que usted no ha vivido todavía, no ha amado y que tiene derecho á la vida. He aquí por qué yo quiero que sea usted un día, y lo antes posible, la mujer del único hombre que ha conmovido su espíritu y que ha interesado su corazón, de mi hermano que la adora, y al cual estaba usted fatalmente destinada.

DUQSA. Sí. ¿Pero con qué insistencia me habla usted de ello? ¿Con qué extraño ardor lo desea?

SACER. ¿Le choca á usted?

DUQSA. Naturalmente. ¿No es el enemigo el tentador, el ateo?

SACER. El respetará sus creencias.

DUQSA. ¿Pero no le guarda usted envidia, no le tiene usted rencor?

SACER. Ni celos.

DUQSA. ¿Usted le quiere?

SACER. Sí. Le quiero. Su felicidad, á la que me place contribuir, me llena de alegría. Y en lo futuro, me será inefablemente dulce, (se conmueve al pronunciar estas palabras) el pensar que la posee á usted por mí. Ese es mi consejo. ¿Lo seguirá usted?

DUQSA. Sí. Lo seguiré. Usted me ha reanimado, me ha resucitado. ¡Ah! Estoy sorprendida, encantada. Le admiro á usted porque tiene toda clase de valor.

SACER. Ninguno.

DUQSA. Y todas las compasiones. Ante el deseo de rehabilitar á su hermano á mis ojos, se ha arriesgado usted á hablarme del amor, no como Sacerdote, sino como hombre. Y con acentos tan puros que ha encontrado usted la fuerza y el medio de hácermelo comprender, sentir y amar. Sí. Usted. El eterno solitario, el cautivo del celibato, el del sacrificio de los castos votos, es el que me ha abierto la puerta de los paraísos terrenales, que á usted le están prohibidos.

SACER. Y que para usted están completamente abiertos.

DUQSA. Y lo ha hecho usted con tan sublime sencillez
¡Ah! Gracias, gracias.

SACER. No las merezco.

DUQSA. Sí. Ya estoy libre, y lo estoy por usted. Era una loca y me empeñaba en engañarme á mí misma. A medida que usted hablaba, una desconocida, una mujer nueva, radiante de luz, de alegría y de esperanzas, surgía en mí y me transfiguraba. ¡Qué revelación! Y ahora se lo digo á usted para que lo sepa. ¡Jamás he dejado de amar á su hermano.

SACER. ¡Ah!

DUQSA. Jamás. Cuando yo creía detestarlo, le amaba. Cuando me arrepentía bajo la absolución de usted, le amaba también. Y usted tiene razón. Negro ó blanco, el velo no está hecho para mí. No soy digna de él. No. Decididamente no soy más que una mujer; una mujer sujeta á su corazón y á sus sentidos, y orgullosa de estarlo. Mas..... ¡Ah! ¿Qué ha hecho usted?

SACER. ¿Que qué he hecho?

DUQSA. Sí. En este instante, en vez de mostrarle reconocimiento por sus deseos, debía reconvenirle y guardarle eterno enojo, pues usted me ha lanzado en plena esperanza, sin reflexionar que no podrá realizarse. Mientras usted organizaba mi porvenir, olvidaba yo el presente. ¡El despertar! (Desde un momento antes la puerta del fondo se ha abierto y Monseñor Bolene y el Doctor aparecen). Yo no sé si su hermano de usted me ama aún; pero sé que el Duque de Chailles vive todavía. (El Sacerdote á quien ella está mirando sin cesar, le hace señas para que se vuelva y mire hacia la puerta. Ella sigue la indicación del Sacerdote, y ve al Obispo y al Doctor silenciosos y graves.—Tiene miedo de adivinar y adivina..... En el momento de ir á hablar, el Obispo toma la palabra).

ESCENA SÉPTIMA

LOS MISMOS.—EL OBISPO.—EL DOCTOR.

OBISP. No señora; ya no vive.

DUQSA. (Después de una exclamación contenida y un momento de estupor). ¿Ha muerto? (Signo afirmativo del Doctor). ¿Solo? ¿Sin mí?

OBISP. (Señalando al Doctor). Nosotros hemos recogido su último suspiro.

DUQSA. ¿Y ha sufrido?

DOCT. No.

OBISP. Ahora puede usted, señora Duquesa, poner en práctica su proyecto.

DUQSA. ¿Qué proyecto?

OBISP. El de entrar en un Convento.

DOCT. ¿Usted? No. Yo le suplico, señora, que de nuevo lo medite.

DUQSA. Lo he meditado. Yo quería ayer, en efecto, morir para el mundo y refugiarme en Dios; pero Dios me hizo comprender bien claramente, que mi destino era el de vivir aquí mi vida de mujer. La viviré.

DOCT. ¡Ah! (Va hacia ella).

DUQSA. (Imponiéndole silencio con un gesto). No me diga usted nada. Dejo á ustedes. Me voy al lado del muerto.

OBISP. La acompaño á usted.

DUQSA. (Al Doctor). Y ahora, dígame usted adios á su hermano.

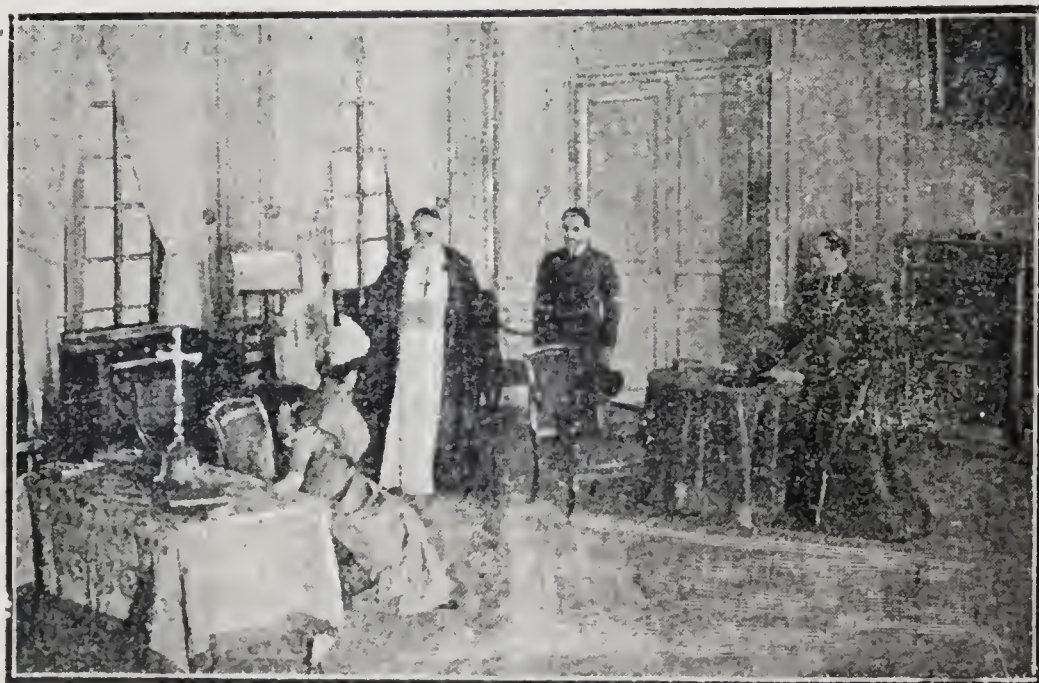
DOCT. ¡Adios!

DUQSA. (Después de un momento de titubear y como si fuese á decir la determinación del Sacerdote. — Este con una mirada le ruega que se calle). Su hermano de usted va á partir.

OBISP. (Aprobando). Conmigo.

SACER. (Abriendo los brazos á su hermano). Para siempre.
DUQSA. (Al Doctor). Abrácele usted. A él se lo debe todo.
DOCT. (Admirando el sacrificio de su hermano). ¡Oh! (Se abrazan).

TELÓN





Carada y esa es mi desdicha estuve
ve a punto de entregarme a un hombre
que me amaba profundamente aunque
me ocultaba su pasión y a quien yo
via de igual modo, una visita de
solidaridad me condujo a casa de gente
fidelidad feligreses de usted, tra la caída
la tarde, salí del pobre albergue y por
dida de mi falta comía no obstante
cia mi perdición cuando pase por
te de la Iglesia de que es V. vicario